

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA



Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca

FAENAS DE ERA DESAPARECIDAS

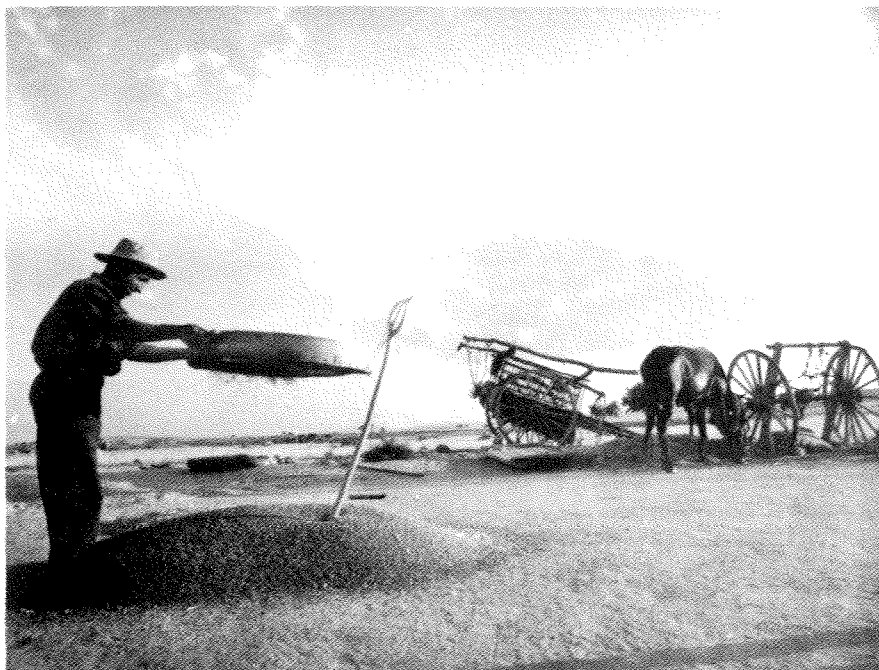
Con qué duda tantea el gañán el pez de la parva allegada la tarde antes, en las primeras horas de la mañana calmosa. No le convencen el aplomo con que caen los granos y la paja y lo cerca que se queda el tamo y deja la horca en el aire sin atreverse a repetir.

La naturaleza de su trabajo y la convivencia con las bestias, hacen al gañán pausado, precavido y cuidadoso de sus recursos, aunque no tanto como a los pastores, pero ambos saben las ventajas que les dan la medida y la moderación. Y el dormir vestidos en el camastro.

En todas las ocupaciones se pueden tener análogos beneficios, pero no todos los que practican una misma alcanzan igual grado de enseñanzas y experiencia; ello depende de la voluntad y del amor al arte que siente cada uno y de la atención que le dedica, pues andará más aire o menos aire, porque eso depende del cielo, pero el enamorado no dejará de utilizar las rachas que se levantan a las tres de la mañana, cuando al sol le falta un cuarto de noche para alborear.

POR
RAFAEL
MAZUECOS

FASCICULO XLVI



Los carros a un lado de la era, el de la izquierda con la armadura del miriñaque y la mula mordisqueando los granzones.

El gañán, con los pies metidos en el pequeño pez de grano ya aventado y la horca clavada en él, criba el candeal del montoncillo al sol de la tarde bajo un cielo anubarrado, con la calina agostaña de La Mancha reseca.

Las tres fotografías que se reproducen representan aspectos de la labranza de Don Paco Gómez-Rengel en Pozo Hondo (Albacete) y las debemos a su hija Llanos y a su entusiasmo por las obras manchegas.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

San Isidro, 1980

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XLVI

INDICE

Portada	Faenas de era desaparecidas.
Página 2	Adagios y Observaciones
Página 3	Aurora y Eclipse de las Escuelas Ferroviarias.
Página 11	Otros grupos de estacionistas más recientes.
Página 14	El Café de la Paja.
Página 16	D. Julio Maroto.
Página 17	Excursión imprevista.
Página 19	La Beni
Página 20	Los nombres de las calles alcazareñas.
Página 25	El Bálsamo del Cura de Tembleque.
Página 27	El Curanderismo alcazareño.
Página 32	Relaciones Humanas y Biológicas.
Página 33	Aclaraciones.
Página 34	Medir y contar.
Página 35	Autores y Actuales.
Página 37	Aurelio, El Garbancero.
Página 39	Fotografías Instructivas.
Página 41	El periódico de Alcázar.
Página 42	Dos casos fúnebres.
Página 44	Recuerdos providenciales.
Contraportada Segunda	Mater Dolorosa.
El Libro 50.	



Al pie del sombrero de la era, el carro de entrar paja, con la red de sogueo montada, desenganchado y aculado, espera que haya tiempo para entrar en funciones.

Al fondo las yuntas patalean una gran parva delante de la montañosa hacina de mies que es imponente, como todas las sierras de nuestros campos, gigantescas ballenas que sobresalen sacando su lomo descomunal del mar de tierra.

Adagios y Observaciones

MEDIDA EXACTA Y TASA INVARIABLE

El ilustre Dr. Riquelme que nos hace el honor de interesarse por estos trabajos, nos contó que hace poco fue a visitar a un Obispo amigo suyo y hablaron, como es corriente entre los viejos, de lo bien que estaban.

El Obispo sacó un metro y lo extendió sobre la mesa, diciéndole:

—Esta es la medida del metro, cien centímetros, y ahí termina. La vida no pasa tampoco de cien años. Cuantos más centímetros se recorren más cerca se está de la punta y por una causa o por otra desaparecemos, así que estando muy buenos sabemos que solo nos queda esta poca cinta y más vale no pensarlo y que el cielo nos sea leve.

A algunos de aquí les quedan trece centímetros, pero ¿llegarán hasta la punta?.

¡Qué dudas!. Y si llegaran ¿les convendría? ¿Para que servirían?. Porque se vale lo que se sirve y no para ser servido que es lo que inutiliza.

Todos los viejos se empeñan en transmitir sus experiencias a los jóvenes, pero inútilmente. Solo el tiempo es el predicador que les convence.

—Vivir es hacer. Para quien no hace nada, ¿qué es la vida?.

—Una vida ociosa es una muerte anticipada.

—El trabajo previene y cura todas las enfermedades del alma, es el gran consolador, el gran médico.

—El trabajo tiene entre otras ventajas la de acortar los días y prolongar la vida.

—El trabajo vocacional es salud y felicidad. Expresión certera del Profesor Lorenzo Velázquez presidiendo la Real Academia de Medicina el día 29 de Enero de 1980, comentando un trabajo del profesor jubilado Don Francisco Orts Llorca.

—Un día de ocio fatiga como una noche de insomnio. Comprobar vuestro estado de ánimo cualquier domingo.

—La ociosidad se parece a la herrumbre, gasta más pronto que el trabajo.

—La alegría se encuentra en el fondo de todas las cosas, pero a cada uno le corresponde encontrarla. La alegría es hija de la ocupación.

—En otros tiempos se alimentaba el cuerpo como a un servidor, hoy se le sirve como a un amo.

—La vida brota del futuro y se precipita muerta en el pasado, es la aurora, la esperanza. Fabricar sueños con la vida. Tejer vida con los sueños.

—Se puede cuanto se quiere. Basta con querer. La grandeza exige sacrificios.

—Lo que el hombre hace es lo que representa, no lo que piensa o siente.

—El saber sufrir demuestra la experiencia en la ciencia de la vida.

—Se recoge con alegría lo que se siembra con lágrimas.

—La persona ociosa pasa la vida comiendo los frutos de la tierra, pero no participa de las variaciones ni de las necesidades del mundo. Es como un muerto.

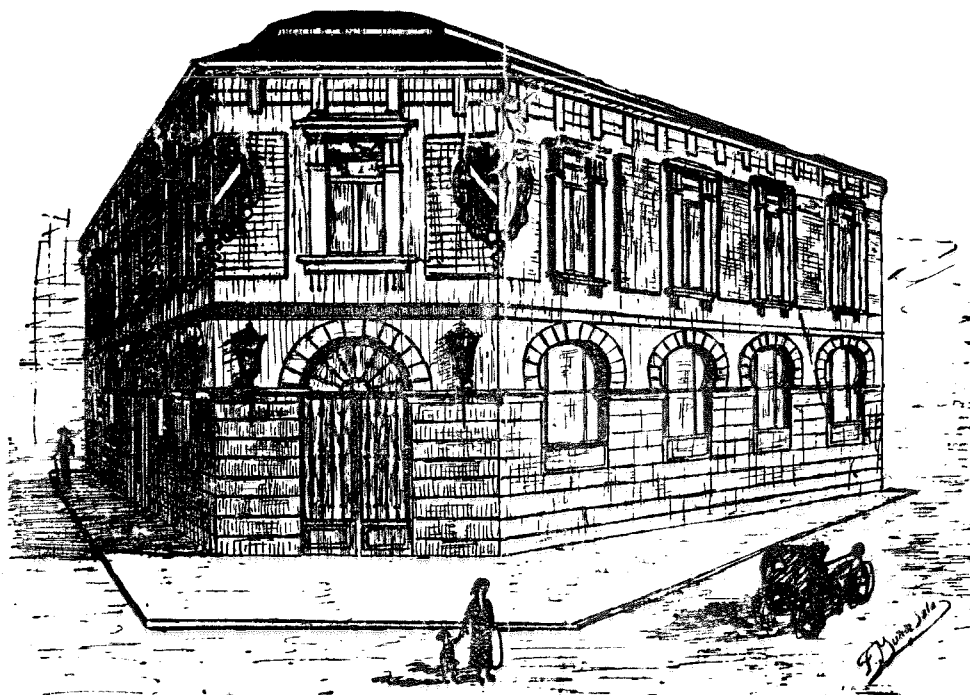
AURORA Y ECLIPSE DE LAS ESCUELAS FERROVIARIAS

Nadie podía creer que una institución creada con tanto entusiasmo, de tanta necesidad y respaldada con tanta potencia, tuviera una muerte tan silenciosa y tan efectiva que apenas desaparecida no se encuentre la menor noticia de lo que fue su vida ni en la propia organización que la creara. ¿Cómo es posible tan radical olvido y contraste entre el fervor de la iniciación y la indiferencia de la desaparición.

Únicamente hemos podido encontrar las hojas sueltas y cuarteadas por los dobleces de la revista de la Asociación de esa fecha, que no obstante su deterioro la utilizaremos para este recuerdo a falta de otras mejores que deben existir, pues ya quisiéramos tener algo parecido del arco de la plaza.

En estas fotografías verán los lectores muchas caras conocidas y otras que no siéndolo tanto, nos ofrecen el enigma de su nombre, cosa frecuente en la interpretación de fotografías antiguas que no se logra recordar el nombre de personas que se conocen.

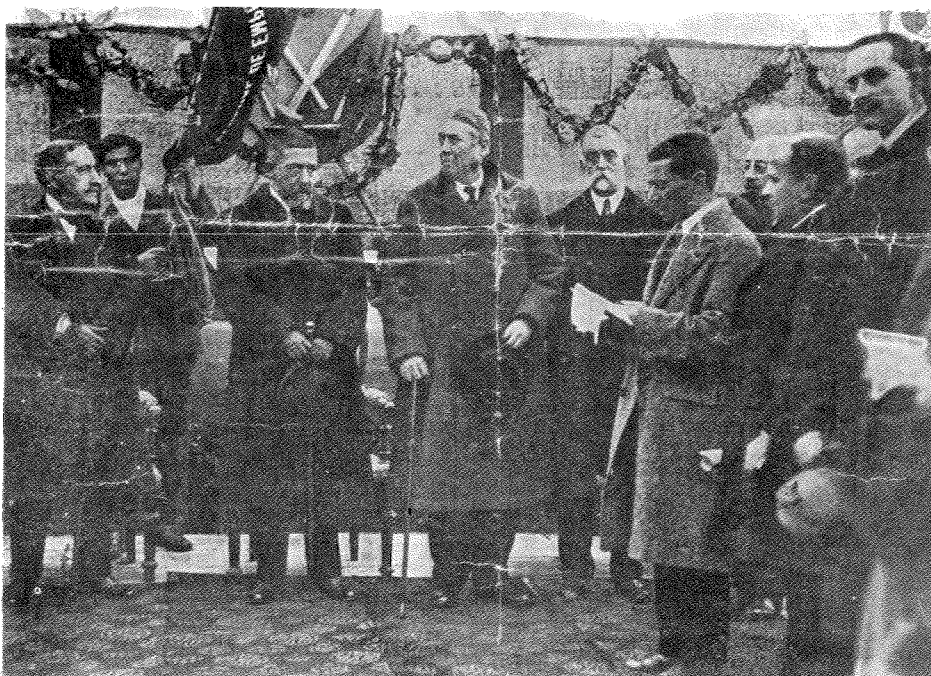
El Arquitecto de la Asociación que me parece recordar era Alonso Martos, proyectó y ejecutó este edificio como domicilio y escuelas de esta zona, que fue el tercero que hizo la Asociación, después de Madrid y Valladolid, con el propósito de que cada zona tuviera su domicilio propio.



Vista exterior del edificio de la Asociación en Alcázar, tal como lo hemos conocido desde que se hizo.

El día 29 de enero de 1922, a las 15 horas, dice el acta en términos ferroviarios, se colocó la primera piedra en el solar sito en la calle de la Asociación General de Empleados de Ferrocarriles. Eso por lo visto era lo que se quería, pero los organizadores del parque que no estaban faltos de fantasía, ya le habían puesto Avenida del Parque y después, otro listo, le dió el nombre de Goya, que ni fu ni fa, pero que es el que ha perdurado.

El solar fue adquirido por suscripción entre los ferroviarios y aportaciones alcazareñas que sentimos no poder puntualizar, pero que fueron patentes en la obra el entusiasmo popular y la aportación ciudadana que Alcázar nunca escatima, destacándose mucho al ponderar la actuación de la junta, la labor de su presidente Vicente Sol, del que dijo TIERRA MANCHEGA que no se pecaba de hiperbólicos diciendo que la obra que se inauguraba se debía en gran parte a la voluntad, al entusiasmo y a la actividad incansable de Vicente Sol, constituyendo los férreos pilares donde más adelante se asentaría la magna obra.



Momento solemne en el que el vicepresidente de la Asociación General señor Gistau lee el acta ante la presidencia formada de izquierda a derecha por el ex-ministro D. Rafael Gasset, el Gobernador Civil D. Robustiano González, el alcalde D. Inocente Sánchez Agenjo, (Inocentón el de la posada), el Senador D. Antonio Criado, el exdiputado D. Enrique Bosch, al que se le ven las gafas de miope y la calva más allá de Gistau y en el borde de la fotografía la figura aguileña de Vicente Sol.



Momento emocionante de colocación de la primera piedra ante la **espectación** general y muchas caras conocidas, incluso las de D. Clodoaldo, el Cura y Julián el Sacristán. También está muy visible Arturo Eslava, el inspector que se casó con la Eufrasia Garzón.

Los actos fueron amenizados por la banda de música de Criptana, dirigida por el inolvidable Bernardo Gómez, el hermano de nuestro José María el de la Dositea, cuya memoria se perpetua ahora con un busto en bronce en la plaza de su pueblo.



Después de la colocación de la primera piedra, como agasajo a los asistentes y entretenimiento hasta la hora del banquete, el grupo Álvarez Quintero puso en escena "El Príncipe Juanón" y el juguete "Los hombres", haciéndose esta preciosa fotografía que tantas añoranzas despertará en los supervivientes. De izquierda a derecha, en un grupo de asistentes no identificados, está de sombrero Salvador Samper y siguiendo a este grupo están Emilio Lillo y Jesús Cordero, seguidos de Pilar Gómez, Angelita Rodríguez y Amalia Andriño, Nepol y una fisonomía juguetona que no me atrevo a identificar, seguida de Pablo Morales y Francisco Rioja con un abrigo al brazo que no puede ser gabardina porque entonces no las había y muy poseído de su papel.

Sentados, Simón el barbero, América Morollón y Alfonso Merlo y en la fila de abajo, José Béjar, el de la Andreíta, Presentación Córdoba, Araceli Castellanos y Carmen Gómez seguidas de Demetrio López y Laurentino Carrascosa, caracterizados.

Esta es la presidencia del banquete popular celebrada en la fonda de la estación con trescientos comensales y aquí es donde pueden lucirse los entendidos identificando a las señoras. De los caballeros, están claros el primero de la izquierda que es Gistau, el segundo y el tercero que lo son el Gobernador y Gasset, pero ¿y el otro gordo?.

Las señoras como se comprende, se animaron, se separaron de los maridos y se pusieron detrás de la presidencia para retratarse. Ninguna niega la pinta pero nadie les atina, la segunda es la mujer de Abel Escribano, la tercera Pepita Vazquez, mujer de Vicente Sol y la quinta la de Cruceta que se casó con Alberto Alberca, pero ¿y las otras que son moñigas de pies a cabeza?.



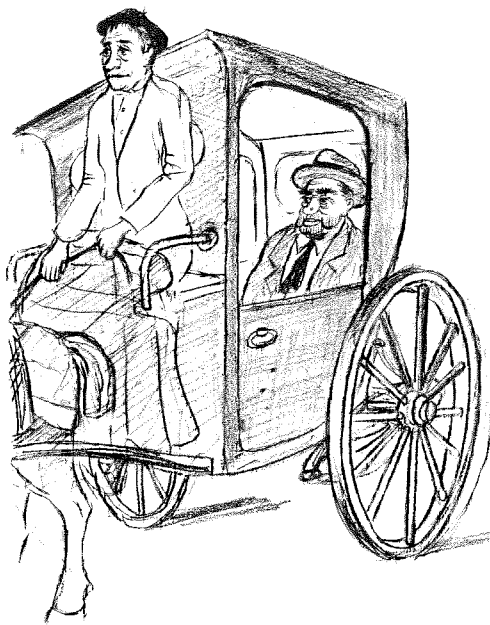


Aquí están los de Madrid con Salvador Samper en el centro, el jefe Joaquín Gómez y Gistau a la izquierda. Detrás de la bandera asoma su calva reluciente el maquinista Manolo García, el de la oreja cortada y los demás que irán identificando los buenos fisonomistas.

Era natural que en medio de la euforia, los estacionistas quisieran retratarse juntos para recordar el entusiasmo de plenitud, de logro y de ilusión esperanzadora que embargaba a todos.

Los entendidos podrán ir identificando a los retratados. En este primer grupo están enfrente, D. Felipe Giménez, el interventor, de sombrero hongo y con su mujer y muchas trazas de recién casados. Detrás inclina su esbelta figura Vicente Sol. Sentado a la izquierda en el suelo, está el primero, Alberto Alberca y detrás el Sr. Pardo, Inspector, con Gistau a la izquierda y los oficiales de Madrid.





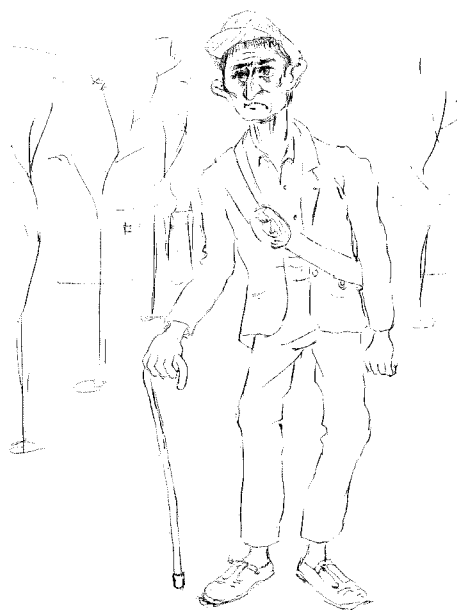
He aquí a Don José Belmonte, el último médico de la estación, porque los que le han seguido se llamaban de tantas maneras que nadie sabe lo que eran, pero desde luego sin la personalidad que daba el serlo.

Gabriel Ruiz, que se llama como su abuelo, pero que para entendernos hay que llamarle con el nombre popular de aquel. Gabriel Mata, nos lo muestra aquí tal como iba por las calles, encajonado en la berlina guiada por Cartagena.

Ninguno de los dos está retratado, digamos, pues los parecidos son escasos y solo puede concedérsele a este dibujo el valor simbólico de una realidad que fue

muy entrañable en el tiempo que se hicieron las escuelas ferroviarias, época en la que Barco, el hijo de la Picotera, guardaba los árboles del paseo y que tampoco Gabriel ha recordado bien su figura, pues era más bien alto y tenía un síndrome catatónico que le obligaba a hacer muchos gestos y retorcer los miembros, como el tonto de Doña Flor, pero las rodillas no se le iban para fuera sino para dentro, porque juntándolas y sacando los pies hacía fuerza para sostenerse, aumentaba la base de sustentación.

Son sin embargo dos imágenes inolvidables cuyo recuerdo y gusto artístico hay que agradecer a Gabriel Ruiz Aranda e incorporarlos con gozo a la historia local y al médico con el lisiado, siempre juntos.



Es de razón que quede memoria de las escuelas ferroviarias, pero también es de estricta justicia que quede unido a ellas el nombre de los maestros que gastaron allí gran parte de su vida y ayudaron a dar los primeros pasos a numerosa chiquillería.

Doña Luisa.

Doña Julia.

Doña Emilia.

Doña Florencia.

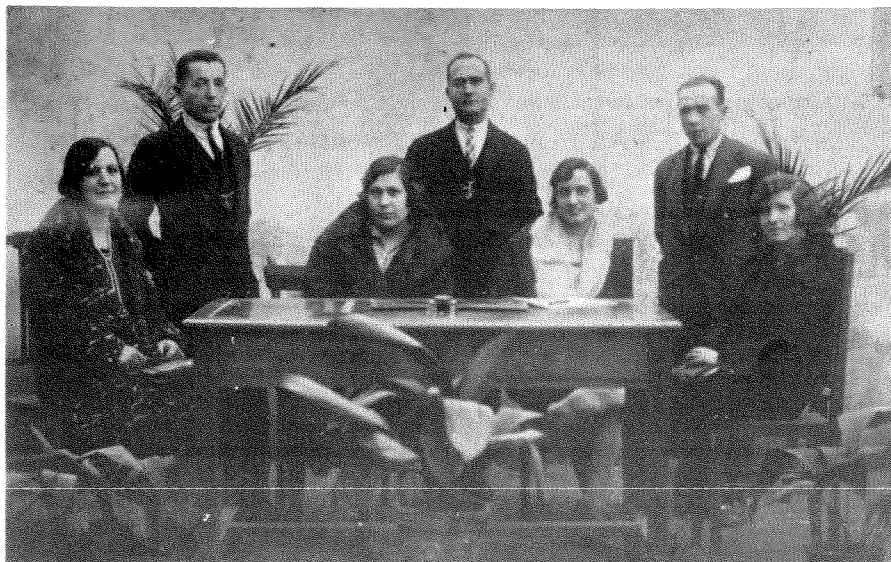
Don Antonio y

Don Anastasio que aunque parezca que no han existido, permanecerán en el recuerdo de muchos chicos y mas acentuado cuanto mas viejos se hagan.

Mientras el maestro vive sigue recreándose en su obra como todo creador, aunque el muchacho lo olvide y alegrándose al ver ascender a sus discípulos. Cuando muere continúa el enlace con el recuerdo del alumno que entonces se reverdece con el riego de los propios sufridos.

Grande, maravillosa función la del alfarero que modela el barro divinamente y va soltando cacharros con el tacto mas suave de sus manos. Al maestro le dan los cacharros hechos para que los decore y los haga útiles. Se ve de pronto con una gran habitación de pucheros diferentes, sin saber lo que se podrá hacer con ellos ni para lo que servirán o a que podrán destinarse, ollas diversas de irregular fabricación y todas las rebabas preliminares de la construcción no desbastada que él, el maestro de escuela, ha de regularizar, igualar y vidriar para hacerlo útil en la cocina y, si se puede, que brille en los grandes banquetes de la vida.

No puede trabajar el maestro con la misma rapidez y seguridad que el alfarero. No le obedece la materia ni tiene la misma plasticidad y aunque se diga que Dios fue el primer alfarero y el hombre el primer cacharro, son muy diferentes su resistencia y su ductilidad.



¡Ser maestro! Qué cosa tan noble y que excelsitud de funciones. Qué difícil serlo y que suerte la de encontrarlo. Casi todos los triunfadores de la vida, se den cuenta o no, lo deben al hecho de haber encontrado un maestro en su camino, uno solo por muchos que hayan sido los profesores según las materias estudiadas, pero uno solo el que le enseñó a pensar, el que le enseñó a trabajar y a comportarse y le hizo hombre.

En este grupo de maestros y presidiéndolos, está el que lo era de la zona José Romero, excelente persona que se hizo machacando y gozó de la consideración general y la confianza completa y merecida de los asociados protectores de esta gran obra.



Los niños de "las ferroviarias" celebran la primera comunión el año 1947. Son los niños que nacieron al final de la guerra y el refrigerio tuvo lugar en el bar Alces.

La indumentaria es sencilla, más bien pobre. No había llegado el momento, que floreció después, de celebrar las comuniones como bodas.

El acto estuvo presidido por Leandro, acompañado de Ros y Manuel de Miguel. Y la maestra Doña Julia que está discretamente colocada en el rincón de la derecha.

Los niños, atraídos por el fotógrafo, dirigen sus miradas a la máquina con deseo de salir bien, pero hay algo en esas caras y en esas actitudes que frena la espontaneidad y la inquietud propia de su edad, es el temor que flota en el ambiente, que lo invade todo degradándolo y dejará huella indeleble en las almas infantiles.

El sufrimiento envejece y esas criaturas tienen seriedad y perplejidad de mayores y un cierto aire de resignación ante lo inexplicable, ineludible aunque humille en lugar de levantarte, con la obstinación ciega de la ignorancia triunfante.

OTROS GRUPOS DE ESTACIONISTAS MAS RECIENTES



Las escuelas ferroviarias se inauguraron el día 14 de Octubre de 1923, cuya acta y comentario, con una fotografía de la comitiva al organizarse en la puerta del Ayuntamiento, están publicadas en nuestro libro octavo.

Era el momento eufórico de la dictadura de Primo de Rivera, desventurado para Alcázar pero aclamado con significativo fervor por todo el país.

Don Aurelio comentaba algún tiempo después irónicamente:

—Lo que ha ido a pasar en Alcázar, el Alcalde Pablete, el Secretario Aureliete y de Oficial Emiliete.

Ahora hay que pensar si de aquel entusiasmo delirante quedará algo y si habrá quien se acuerde del día de la clausura como se recuerda el de la inauguración y con qué alma.

En la estación se hacían los retratos como en el cristo, por menos de nada y al minuto y estos, que andaban por las oficinas, se salieron al andén, se acoplaron a un banco y ahí los tenéis.

El primero es Manuel Cartagena, el mayor de Mariano el de la calle San Francisco que se casó con la del Molinerillo hermoso y fue cochero de don Enrique el médico y por último mozo de la estación que sustituyó a Barajas en el barrido de los andenes. Le sigue Antonio Gómez Huedo, el que se casó con la hija de don Leandro. El ordenanza de la gorra de uniforme es José del Hoyo, el hermano de Valentín, los sobrinos de la Bernardina de Pepecanto que no tenían hijos. Le sigue Leandro Gómez y Gregorio Delgado, escribientes y Francisco Camacho, cuñado de Ricardo Tejero.

Sentados Cándido Meco Portillo, Rafael Arias Blanco, Benigno Ros Mengual y Manuel Sánchez Linares.

Esta fotografía es de antes de la guerra y la mayoría son de la plantilla de la Inspección del movimiento en esa fecha, cosa que debe tenerse en cuenta para quienes no los conozcan, pues qué más quisieran ellos que estar ahora como aparecen ahí.



Este segundo grupo es del mismo rodal y en él aparecen subidos en el vagón, José Jiménez Balibrea y Nice Castellanos (Castaña).

Abajo, segunda fila, de izquierda a derecha, Manuel de Miguel Muñoz, el yerno de Teodoro Sánchez, José González "Gonzalito" y "Galiana", por partida doble, Justo Jiménez Montesinos, el que estuvo de jefe en Cinco Casas, Antonio Gómez Huedo, el cuñado de Leandro, Enrique Belmonte, Manuel Guerrero Gallego, Benigno Ros Mengual, Manuel Cuartero Pozo, José Bermejo López y Francisco Camarero.

Sentados, Leandro, que no necesita mas aclaraciones, ni distinciones, Alfonso Contreras Egea, Manuel Montarroso Quintanar, José Ramírez Moraleda, que está cantando que es de Pepe y la Aurelia y el ordenanza.

La importancia de estos grupos es que encarnan los períodos últimos de florecimiento de nuestra estación, que es nuestra, no se olvide, creada y sostenida con aportaciones alcazareñas en hombres, en fervor y en compenetraciones recíprocas.

Con motivo de removerse los nombres de las calles alcazareñas y en relación con la de Salamanca, salieron a relucir algunos detalles de los principios del tren que se publicaron en el periodiquillo local y otros que se omitieron en honor de la brevedad, pero que son curiosos e incitantes por estar relacionados con la intrigante vida de la Corte de entonces a la que Alcázar quedó ligado por el carril como barrio de los madriles.

Cabe decir y debe agregarse al trabajo mencionado, que el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, fue inaugurado por Isabel II el día 9 de febrero de 1851 y que la gente lo tomó a chacota llamándole "el tren de la fresa".

Don José Salamanca fue el promotor de la naciente industria ferroviaria y la reina le nombró Marqués de su apellido.

Se comentó por los cronistas que el vagón real del pequeño "tren de la fresa" contaba con cuatro departamentos tapizados de seda con adornos de piedras preciosas y que la reina quería saber si los carriles eran de oro o de plata por lo que habían costado y golpeo con un martillo comprobando que, en efecto, eran de plata los últimos metros donde se instaló la escalerilla para que la reina descendiera del vagón real.

El entusiasmo general hacía posible toda clase de festejos a favor de las escuelas y esta borrosa fotografía es el testimonio de una becerrada en la plaza de toros vieja de orilla de la Covadonga, siendo presidente José Romero que aparece recibiendo la bandera desplegada por Oropesa y Justo Jiménez, delante de la música, a la entrada de



la puerta de cuadrillas donde los toreros se ciñen los capotes. No se perdonaba nada para salir adelante.

Dirige esa banda el Sr. González Páramos y están en ella todos los músicos más recientes, hasta Ransanz, el actual maestro, aunque no se les distingue, pues apenas si se conoce a Felipe el cornetín y a Muñoz el bombardino.

Tuvo lugar por entonces otro acontecimiento transcendental que cita Juan Antonio Cabezas: la iniciación de las obras del canal de Isabel II para reemplazar los antiguos “viajes del agua” llamada por entonces gorda por la de Lozoya. Y también los 950 aguadores gallegos que con 36.000 cubas de madera subían el agua a los domicilios madrileños, sistema del que participó Alcázar largamente desde que se puso la estación hasta que se perforó el manto acuífero de las Perdigueras y después, porque las mujeres salían a las máquinas a que les llenaran una jarra de agua de Lozoya para cocer los garbanzos, pues en ella estaba el secreto y la fama del cocido madrileño.

La mísera situación de Alicante empezó a mejorar con el reinado de Isabel II y el once de enero de 1844 se otorgó la concesión para construir la vía férrea de Madrid, el año 1858 llegó el primer tren procedente de la Corte. Tres años después se puso el alumbrado público con gas, cuando los establecimientos comerciales podían contarse con los dedos de las manos y la población sería poco más o menos que la de Alcázar, sobre 30.000 habitantes.

Reuniéndose las pequeñas líneas se formaron las grandes compañías:

M. Z. A. el año 1856; Norte el 1858; Andaluces el 1877 y Madrid, Cáceres y Portugal el 1880, ha cien años justamente. ¡Que no es tanto!, ¿Verdad, Alfonso?.

El Café de la Paja

El primero y más importante centro de juego y corrupción del Paseo donde se fraguaron muchas desgracias familiares de toda la comarca.

El paseo de la Estación que tuvo una vida espléndida, bulliciosa y alegre como la de cualquier rincón de los barrios bajos de Madrid, ha pasado unos años decaído y silencioso, como rumiando su vejez y la ausencia del personal ferroviario que mantenía un tráfico caudaloso durante el día y la noche por los dos andenes de la calle, pero como todo se acaba, van desapareciendo sus casas reemplazadas por las de estilo americano como se ven en todas partes, sin facha y sin carácter.

El último derribo, que no he llegado a ver, es el del antiguo café de la Paja, llamado así por el uso del carrizo para chupar la horchata con que empezó porque la familia era alicantina.

La paja le dió nombre certero, como lo son siempre los nombres populares, pero la fama, no muy buena que digamos, aunque bullanguera, la logró como chirlata de juegos prohibidos, por tener camareras y por ser refugio y ayuda de la gente de trueno de la localidad, empezando por el jaro Cagaica y los demás fanfarrones que le acompañaron y siguieron en los conocidos usos de cobrar el barato alrededor de las mesas del tapete verde. ¡Oh!, el juego, que plaga.

Cambió el paseo y cambió la estación misma, todo americanizándose, deshumanizándose, todo en sentido desagradable, adusto y áspero, falto de cordialidad, de franqueza y de confianza.

Los cafés, atrayendo a los forasteros y a los del pueblo, les dieron a las noches del paseo movimiento y alegría y el ir y venir de los empleados y de los viajeros le daban durante el día una animación excepcional, a ratos de verdaderos acontecimientos, como a las horas de entrar y salir al trabajo o de la llegada de los mixtos. Y no digamos con el aporte permanente de mercancías al muelle y el desfile continuo de carros, carrillos y carretillas que constituían un núcleo increíble de vida con la entrada y salida, carga y descarga de todas las mercancías de la comarca.

La gente vivía, nadie se enfadaba y gozaba de distracción y espectáculo permanente, sin sorprenderse de nada y dispuesta a prestar ayuda al que lo hubiere menester.

Los vagabundos, siempre husmeando como los gatos, no faltaron nunca alrededor de la estación donde siempre se perdía algo y estaban tan familiarizados qua hasta prestaban servicios a quien se los pedía.

Las mujeres del paseo vivían como las de Madrid, con muchos entretenimientos y pocas obligaciones. Poca casa, corral suficiente para el escusado y los hombres siempre de viaje. Se sabían el cuadro de servicios al dedillo y lo que era ir de máquina sola o estar de reserva y dormir en Vadollano.

Ellas constituían el ambiente mañanero del paseo mientras dormían los trasnochadores, sin ninguna prisa por levantarse ni por cortar la hebra, alternando con los vendedores ambulantes que sabían donde se dejaban caer.

El café cubría sus puertas por dentro con amplias y pesadas cortinas de terciopelo granate y al entrar, como yo lo hice bastantes mañanas, se percibía el penetrante hedor del vino de Agustín Blázquez, por entonces de uso riguroso en los colmados. Al entrar a primera hora de la noche como lo hice alguna vez, aún habiendo gente bebiendo no se percibía el para mí entonces hediondo olor.

El café de la Paja era en su tiempo uno de los principales establecimientos del paseo, de los que acogían más gente y mantenían más expectación a su alrededor, pues hasta las lugareñas de demarcaciones más remotas subían a ver si el hombre, que se descuidaba en llegar, podría estar allí entretenido y el mismo Emilio el Pámpano que tenía su taberna en la esquina de enfrente, parecía un chichinabo a pesar de que Casitas tocaba allí la vihuela casi todas las noches.

En realidad no quedaba ya nada del antiguo café, solamente la portaitlla de atrás que ahora dudo si seguía perteneciendo al mismo edificio, por donde aquella que se dejaba al cojo al sol para que se calentara en el mes de Enero, salía de vez en cuando para ver si se había helado. El derribo de ahora lo habrá sepultado todo y borrará sus recuerdos definitivamente.

SUCEDIDOS

Una gitana, familiar de otra hospitalizada, quería llamarla por teléfono y no recordaba el nombre de la clínica.

Llamó a Manzanares, a Valdepeñas, a Ciudad Real, etc., para que le dijeran el nombre de la Clínica, que se parecía a esa cosa de madera que se ponen las mujeres en los pies, que pesa mucho y hace ruido:

—¿Los zuecos?, le dijo alguien.

—Eso, sí.

—Pues entonces será Mazuecos.

Y al fin habló y se quedó tan ancha.

Pero las gitanas fueron a renovar el carnet y les tomaron las huellas dactilares por no saber leer, consignando en el documento esa condición y se quedaron maravilladas de que a las tres les habían puesto fabetas, sin saber lo que quería decir.

Fue una a confesar y al reclinarse, dice:

—Avecren

Y el confesor le contesta:

—Gallina blanca.

¡Anda, Francisco!

Una lectora que vivió aquí hace años y conserva gran simpatía por este lugar, me cuenta que conocía a un Carabina que vendía aceite en la plaza y convidaba a aguardiente con una copa que no la fregaba nunca y estaba blanquecina.

Recuerda que exhibía su palillero en la cinta del sombrero y es cierto que llevaba los mondadientes sujetos con la cinta.

¡Caramba con doña Celial!

D. JULIO MAROTO

Maestro de Escuela por propio nombramiento y por la fuerza natural de las cosas

Ahora que Don Julio está coqueteando con eso de las jubilaciones y que los maestros lo son de no se cuantas clases, me considero obligado a sujetarlo un poco y fijarlo en estos retazos de historia alcazareña con el título tradicional de nuestra antigua enseñanza: Maestro de Escuela. ¡Y de qué escuela!, de la de la Alameda que fraguó el tío Pedro Castellanos y le valió el mote certero, musical y agudo de el El Maestrín, sin que decayera la obra ni el apodo hasta llegar a manos de Don Julio que la aureoló con la medalla del trabajo.

Maestros de Escuela lo han sido muchos en Alcázar y no pocos ni de los peores sin título oficial, formándose ellos mismos con el ejercicio y el resultado que todo el mundo conoce, plasmado en el dicho popular de que el oficio hace maestros y hay que reconocer que el señor Bernardo, el señor Higinio, Jesús Barrilero, el Cojito, Engalgaliebres, el mismo Don Demetrio y Fray Andrés, Don Jesús Romero, Pepe López y otros, llegaron a adquirir el tono suave y sentado que da el tiempo y el Magisterio con toda propiedad, no desdiciendo de los Maestros oficiales ni en su vitola ni en el resultado de su labor sobrepujada en todo caso con su redoblado esfuerzo, con la constancia y con ese espíritu de ejemplaridad que engendra la enseñanza por sí misma en todo el que se consagra a ella. Pero Don Julio tiene sus títulos y sus cargos, su nombre y su nombradía, sus laureles y sus medallas, sus métodos pedagógicos propios, sus dibujos relevantes y sus técnicas persuasivas resaltando su figura y, sobre todo, tiene legiones de muchachos que brotan y florecen por doquier cosiendo el recuerdo del maestro en la tierra madre como raíces imperecederas que la sostienen apretada para impedir su disgregación.

Hubo un tiempo, durante la declinación del imperio colonial y después, de estrecheces generales en los que la figura famélica del Maestro de Escuela fue símbolo de la pobreza nacional y la frase de "tienes más hambre que un maestro de escuela", testimonio irrecusable de la manera de apreciar la situación y aún estando en activo hacía parejas con el cesante, pues ambos fueron triste signo de los tiempos. El abandono era tanto y tan opresiva la escasez que se suprimía en las casas todo lo de menos importancia vital inmediata, como lo era el gasto de la escuela, y se suprimían los festejos y las músicas en los Ayuntamientos como se seguirán suprimiendo.

Don Julio inició su preparación, sin duda alguna acertada, cuando la situación económica iba cambiando y ha alcanzado los tiempos de mayor prosperidad conocidos que son también los de mayor confusión y menos adecuados para que el Maestro de vocación se recree en su obra y la pueda seguir admirando y perfeccionando hasta el final de su existencia.

Tal vez esto, que frena los ideales, justifique las dudas y las vacilaciones de este gran maestro alcazareño que necesita, como Don Quijote, ancho campo para el ejercicio de sus armas. Pidamos a Dios que le libre de los vapuleos en sus correrías, aunque es raro desfacer entuertos sin recibir cantazos.

Excursión imprevista

Isidro Parra, José Herreros, Antonio Moreno y el chico de José Rufao en las junqueras del Záncara, frente al cerro de las Cabezuelas, por la feria del año 1979, para que no se olvide cuando cambien el pelo y tengan que conformarse con que los lleven a los caballitos el año que viene.



La naturaleza iguala los barrancos con los cerros y durante mucho tiempo, siglos y siglos, se ven ir bajando los cerros a fuerza de raerlos las aguas y cuando se trata de llanos sobresalen como testigos o señal de antiguos niveles del suelo, según refieren los sabios. Ese es el origen del cerro Gordo que impone desde largo en la inmensidad de los Anchos y el de las Cabezuelas en el cerro Mesao, cuyos nombres son de por sí elocuentes. Al pie del último, la vega está cubierta de aneas y espadañas gruesas y altísimas, formando como una selva en la que desaparece el hombre como un pigmeo, menos ostensible que los jabalíes que habitan en ella.



Estos muchachos que se aventuraron a cruzarla, se retrataron al llegar a un claro para tener memoria de la azaña, de la inesperada coincidencia y de lo sorprendente del lugar, pero quedaron en volver, como se dice siempre que interesan las cosas y no se acaban de ver. Si lo hicieran se hará constar para conocimiento de los venideros y gloria de los artistas que figuran en las estampas, cuando pasen a mejor vida y nos la pinten de color de rosa, animando a los chicos a mirar por el ojo de las vistas. Confiémos en que se cumpla la promesa y en poder decir cuanto se vea por el canuto o tal vez traérselo al lector a la mano como se traen los tiestos con flores.

La Beni

Ha muerto la Beni y ha muerto durmiendo, en una paz completa. Su muerte nos ha afectado más a sus amigos que a ella misma, afortunadamente para ella que hubiera sufrido mucho dados su carácter y su sensibilidad.

Figura en las páginas de esta obra en diferentes momentos de su vida bien demostrativos de sus cualidades, por lo que se la recordará siempre entre las mujeres notables de Alcázar.

Su vida no fue un camino de rosas, pero ella supo ponerle macetas adicionales donde florecieran ilusiones compensadoras, tal vez más pujantes que las nacidas en la tierra misma.

Era Cruceta por su madre a la que se parecía en el genio y en los modales y el exotismo de su apellido paterno –Conscience– tan ligado a la estación, hizo que se la conociera por el sobrenombre, que fue el que arraigó en el pueblo para toda la familia, ya casi desaparecida, aunque ella sobresalió, como era su gusto, con el nombre de su abuela Benigna apocopado y era la Beni más Beni de todas las Benignas de la Villa que lo son precisamente de oírse la de ella y la de su abuela que también tuvo su nombradía.

Era un producto neto de la calle de la Estación, de los buenos tiempos de esta calle, de regocijadas tertulias mañaneras y vespertinas que dieron a todo el barrio un carácter tan familiar y entrañable, puesto de relieve reiteradamente en estas páginas con cita justa de las personas que lo crearon. Me apena darle esta despedida a la Beni, la última entre tantas, pero es obligado porque la echaría de menos y me reprocharía la falta. Dios te dará una eternidad ilusionada porque el no alcanzarla es lo que hace permanentes y alegres las esperanzas y tu seguirás tocando y tarareando para que los aires zarzueleros, cordiales, atrayentes y de simpatía servicial, no dejen de percibirse nunca en la calle de la estación ni en el pueblo entero que resultó impregnado de sus efluvios bienhechores.

La lección de la Beni, la enseñanza que nos da, se asemeja mucho a la de la “señá Feliciano” de Arniches, ante el deseo y la realidad, entre la vana ilusión y el asidero en el vivir concreto de cada día, que le hizo decir aquello de “solo el cariño y el trabajo son alegría y claridad”, mensaje muy humano, muy acendrado, pero que solo se ve al final cuando no le sirve ni al propio observador, pues la vida establece unas compensaciones inexorables y empareja lo desigual frenando los impulsos más dignos de estímulo y de protección.

Los nombres de las calles alcazareñas

Por considerarlo como un deber ciudadano, se venían haciendo en el periodiquillo local algunas aportaciones por si le servían al municipio en su labor, pero dada la lentitud con que aparecen las ediciones y la ayuda que puede suponer para otros reformadores e investigadores futuros, iremos incluyendo en esta obra algunos de los trabajos que estaban compuestos y sin novía.

Uno de ellos es el siguiente:

CALLEJONES, CALLEJUELAS Y RINCONES DE LA VILLA.

Y los que ascienden a calles, empezando por la mía que de callejón pasó a Cervantes, nada menos, por obra de un médico, aunque luego vino otro y lo quitó, porque los médicos son así, se llevan como los perros y los gatos y mientras tanto el enfermo aguantando y la calle que voy que vengo.

Por allí por la carretera, que es el centro de la intelectualidad, hay varias empezando por el arroyo mismo que por no haber respetado su origen sepa Dios cuando lo dejen tranquilo. Frente a él, a este lado del corral de Cañizares, donde han hecho ese casucho modernista siguiendo el estilo americano que impera, estaba la bodega y casa del tuerto el Jabonero, que empezaba en la calle de Santa María, porque lo de aquí era el corral. Este hombre y Gumersindo Alberca, que fue el que hizo el arco, eran las figuras alcaldables de cuando la primera República y colaboradores inmediatos de Don Tomás Tapia en sus obras. Ultimamente se ha conocido esa bodega como de los peones y ahora sepa Dios como le pongan a ese monstruo levantado en su lugar.

Pues bien, de lo poco que tiene Alcázar que recordar en su historia reciente, están esas tres personas, Don Tomás Tapia, catedrático de Filosofía de la Universidad Central, El tuerto el Jabonero (Andrés Mazuecos) y Gumersindo el Herrero y en cambio se echa mano de los Reyes Católicos, por ejemplo para dedicarles una calle o a Don Juan de Austria, al que se le adjudicó siempre el Torreón, para dedicarle un callejón renaciente.

En Alcázar abundan los callejones, las callejuelas y los rincones y las rinconadas porque eran necesarias y aún indispensables para la vida agrícola y ganadera, pero lo grande es que según me dicen, los sabios y adelantados de los rascacielos americanos están dejando los mismos entrantes en las obras, los mismos solo que muchísimo más feos, lóbregos y con el único fin de dar un poco de luz a los nidos de abeja en que se deja meter la gente.

Teníamos rinconadas de servidumbre, sin llegar a callejones y que por lo pequeños y cuidados eran como patios, el de Chinas en la calle del Mediodía y en la calle de la Trinidad el de la antigua calera de Casimiro, donde tuvo lugar su boda de segundas con la Mariana la Cantera, obsequiados con la cencerrada más grande y más escandalosa que se ha conocido en Alcázar, de muchos días de duración y con todos los Tejeros, Canteros y Estrellitas en la comitiva. Y por cierto que esto de poner en diminutivo el mote de Eulogio sería una buena manera de distinguir su calle, porque antes de generalizarse el apodo a toda la familia del tío Ezequiel, al que llamaban Petardo, a Estrella, su hijo, se le conocía por Estrellita. Lo de Estrella vino desde que lo hicieron Alcalde y empezaron a tomarlo más en serio, aunque a él se le daba poco de una cosa ni de otra, pues todo lo folocho que era en el vestir lo era en el sentir y pensar y tanto en lo desmañado del obrar. Estrellita marinera, le decía la gente como cantandillo cuando se le comentaba por las esquinas.

Pues bien, estos huecos abiertos a la calle, se les ha conocido siempre como rincones, que es lo que son, siendo el más nombrado y céntrico el rincón de la Fuente en la calle de las Huertas, donde el manco del carrillo encerraba la tartana. Y el de los pellejeros, que quedó como fondo de saco al cerrar la puerta de la estación en la calle de su mismo nombre.

Otro fondo de saco notable lo es el de la callejuela Cerrada que creo le han puesto calle Cerrada. ¿Por qué esa cursilería, si siempre fue callejuela y el hecho de que esté cerrada, como un dedo de guante, lo dice bien claramente? Es una callejuela de servidumbre como hay otras varias circunscritas por portadas en las que harán casas, de seguro, como ya las han hecho en la callejuela Cerrada.

Las callejas o callejuelas les dan este nombre cuando no están cerradas y son como una calle más reducida a la que dan los corrales y portadas de las casas circundantes y cuando es larga y estrecha le llaman callejones, de lo que es ejemplo típico en Alcázar el callejón del Toro que no se si le habrán cambiado el nombre. El de la calle Toledo también llevaba el nombre de callejón como el que hay lindando con el Cristo Zalameda que comunica con la callejuela y la calle. Algunas placetas actuales como la de Ligerio han sido toda su vida callejuelas de servidumbre llenas de portadas.

En mi misma calle hay una callejuela cerrada para servidumbres y lo es todavía a pesar de los bailes el callejón de los guardias y el de los frailes que no pierde su sello ni lo perderá por ahora y es como se debería llamar hasta la placeta de la Aduana, porque lo de calle Torres no se sabe por donde la viene y por el campanario de los frailes no es. Hay otro callejón en la calle de la Luna, junto a Bernardico, otro en la portada de José el Cuco en la calle Madrid y otro bien bueno en la calle de Don Antonio Castillo que sirve a las casas del Arenal. Y es célebre en el sitio más céntrico el callejón de Don Juanito.

No hay que menospreciar estas vías secundarias que surgieron de la necesidad y prestaron buenos servicios. La vida orgánica tiene sus necesidades, le es indispensable la alimentación pero también la defecación. Las casas más lujosas y mejor cuidadas necesitan dar salida a sus desechos y entrar alimentos, necesitan su callejuela. Revístasela del mayor decoro y honestidad pero conservándose para ayuda en los cólicos no cerrados.

La Reina doña Isabel II, iba de Madrid a Aranjuez en coche de caballos, un coche regio, desde luego, y ella una dama de mucho desparpajo. Pues bien, para que la señora no se detuviera en el viaje más que para cambiar los troncos de caballos, en el asiento del coche llevaba oculto un pericón para hacer sus necesidades, como puede comprobarse en el carruaje que se conserva en el palacio de Aranjuez. Hay que suponer que lo mismo iría al Escorial y a la Granja y en idéntica forma las demás personas de su séquito, pues como la función es ineludible, de no hacerlo se hubieran tenido que acoclar entre las matas del monte mas de cuatro veces.

LA CASTELAR Y DEMAS CALLES ALCAZAREÑAS

El contraste tan notable que ofrecen las calles alcazareñas con relación a las de los demás pueblos de la comarca, seguramente que es por la concurrencia, su comercio y su vitalidad: de ahí lo mucho que deben cuidarse los detalles y la importancia de los nombres que deben ser castizos, propios y pegadizos.

Cuando se entra en Alcázar después de andar por otros pueblos se encuentra una diferencia notable que ensancha el alma y da confianza y tranquilidad, cosas muy importantes. Esa sensación es producida fundamentalmente por las calles mismas y por la gente que va por ellas y, tratándose de la Castelar, le da especial relieve su historia y su carácter de callejuela que favorece la aglomeración, aumenta el bullicio e impulsa a los apretones, como conviene a la condición borreguil de las multitudes que tienden a repretarse y rehuyen las anchuras, porque les asustan. Por eso se nota que cuanto mayor es la calle se la ve más solitaria, más silenciosa, y más muerta y la gente más recogida en las casas como los conejos en las madrigueras, temerosos de cualquier asechanza, del sol que abrasa o de la ventisca que ciega.

Aquí la gente está en la calle y eso es todo. Alcázar siempre bullanguero y callejero, éntrese por la estación o por cualquier carretera, se comprueba al primer golpe de vista y cuanto más estrechuras mejor, por lo cual no puede considerarse un acierto lo de llevarse la feria a la Serna donde el viento lo esparce todo y el pueblo se queda triste, como de domingo, cuando debe estar contento y el comercio abierto voluntariamente que es la manera de que trabajen todos, sin coacciones de ninguna clase, libertad para todos y el que quiera que abra y el que no que cierre. Si la plaza estuviera bien

cuadrada y cerrada por el Ayuntamiento, con sus dos boquetes, el del Norte y el del Poniente, el de Leña y el del Catre y ennoblecida la carretera por el arco, sería maravilloso y resaltaría mucho más la concurrencia desbordada por todas las bocacalles como ha pasado siempre que los que no tenían cabida en la plaza se salían por los alrededores y hasta Santa Quiteria y la Cárcel.

Las calles vivas, concurridas y entrañables de las grandes ciudades, lo son las juderías y sus similares, estrechas e irregulares, pero como hormigueos. Las calles nuevas, inabordables, solitarias y tenebrosas, sin nadie en las tiendas, dan miedo y no se comprende qué clase de vida pueden albergar, pero desde luego poco útil y nada cordial.

Si por haber aglomeración habitual se llevan su comercio a un descampado puede observarse qué es lo que queda de aquella vitalidad.

Nuestra plaza tuvo un tiempo de quedarse muy solitaria, por la competencia que le hizo, no el Altozano, pues hasta el Cartucho se salió de él, sino el Cristo y el Paseo, mucho más estrechos. Al perder la Estación vitalidad se ha producido otra corriente de reflujo que parece más segura por ir la estación a menos. Siempre es instructivo observar los oleajes de la vida y pensar en sus razones. Cuando se junta tanta gente que no se puede andar, la multitud va más a gusto y tranquila y se abre paso sin extorsiones, como las ovejas apiñadas que no se apartan a mordisquear.

BIENES RAICES

Así llamaba cierto señor a los pelos que les salían a sus hijas por todas partes, heredados de él que parecía un oso.

Pues bien, yo comprendo las dudas que pueden plantearse al enjuiciar todo el barrio de la estación por lo difícil que es imaginárselo cuando el pueblo se acababa en la esquina de Eulalio Carrascosa, donde está La Tercena, aunque todo se encuentra descrito en los libros de Alcázar y espero poderle brindar pronto al vecindario una imagen del Cristo cuando estaba en el campo (1), que no hace tanto tiempo, pues todo ello está motivado por la estación que es de antes de ayer y la misma estructura de la calle del Cristo lo dice claramente, ya que entre la Ciriaca, la Dositea y Juan Marica se repartieron casi toda la calle, lo cual significa la facilidad que había para escoger, lo mismo que cuando Cepillo iba a cortarle pantalones a Pedro Advíncula, que se llevaba la pieza de la pana, la extendía en el suelo, lo echaba encima e iba cortando con holgura a gusto de la Sebastiana que era celosa y no le agradaba que se le conocieran las formas al hombre por si a las del café de la Paja, que estaban enfrente, les daba envidia y al pobre Pedro le bailaban los cañones del pantalón como a los que tienen patas de palo. Y todavía refunfuñaba ella cuando se asomaba a la puerta y no le quitaba la vista.

Aquí pasó lo mismo y la calle resultó un cañón corto, derecho y ancho, como si lo hubiera trazado Pepe Herreros, con rincones y callejuelas a los lados, precisamente por el Cristo, pues rincones y callejuelas son las calles del Horno y Tribaldos y Dios quiera que se conserven y no le de a nadie por hacernos avenidas, aunque si nos arruinamos del todo será difícil por ahora.

Esta calle de la Puerta de Villajos está predestinada a cambiar de nombre y ya dije que me lo temía, porque su vida misma y sus circunstancias son muy cambiables y en cincuenta años lo ha hecho cinco veces.

Vino Vellando predicando con tanto aire por el año 27 que se llevó el nombre propio y tradicional de la Puerta de Villajos y dejó el suyo.

Al llegar la república del año 31, se quitó y le pusieron el de Blasco Ibáñez.

Se acabó la guerra y le pusieron el de Calvo Sotelo.

Y ahora llega la democracia y para no perder el ritmo enseguida le ponen el de Unamuno.

¿No será demasiado abusar de la paciencia de los vecinos?. Y que no vamos a ganar para azulejos y membretes nuevos.

Podría renovarse la costumbre de cuando el turno pacífico de los gobiernos de la restauración que al cambiar de manos el poder todos los empleados se iban a su casa considerándose cesantes y entraban los otros a reponerse un poco, pues esta alternativa creó la figura escuálida de los famélicos cesantes y de los maestros que se quitaban el hambre a pescozones. En Alcázar personificaron últimamente el balanceo, Estrella y Ezequiel Ortega, cada uno con su equipo de empleados, alguaciles, serenos y guardas.

Ahora deberían guardarse los azulejos y cuando cambie el mando se cambian las baldosas y no hay que gastar, con lo que la gente bromeará mucho. Después de todo puede que convenga tener algunos nombres de quita y pon para los compromisos o los caprichos que vayan surgiendo.

Nunca fueron las misma personas ni de las mismas tendencias las que efectuaron los cambios, lo cual quiere decir que todos tuvieron la misma facilidad para efectuarlos y el mismo descuido para velar por la conservación de las cosas nativas, constituyendo uno de los detalles de las renovadoras inclinaciones de todo orden que han quitado al pueblo su verdadera fisonomía.

- (1) En la leyenda de Guerras, que se publicó el año 1905, dice D. Juan que el Cristo de Villajos era en la época a que alude, una solitaria ermita enclavada entre hueros y que tenía un portal, como ya lo veremos.

En el número primero de los libros de Alcázar, está publicado todo y además contiene una información gráfica que es un verdadero tesoro de la vida alcázareña que nadie podrá repetir, por lo que no hay inmodestia en recomendar su lectura a cuantos se interesen por las cosas del lugar.

El Bálsamo del Cura de Tembleque

Los curas y los médicos se han ido separando torpemente. En un principio estuvieron mas unidos y seguramente fueron la misma cosa en muchas ocasiones, hecho muy natural porque aún ahora mismo no es tan fácil ni tan radical la separación, al menos para los viejos que siguen con la costumbre de entenderse cara a cara, compenetrarse y ayudarse en la medida de lo posible.

Muchas veces, muchísimas, el médico maduro hace el mayor bien, escuchando al enfermo como en confesión y dándole un consejo en lugar de una receta y ¿qué es lo que hace el sacerdote en fin de cuentas? ¿podría extrañar a nadie que en ciertos momentos, llevado de su mejor voluntad, quisiera hacer una receta o al menos apuntar un específico en el papel más próximo, como un curandero cualquiera?.

Cuando los remedios eran más caseros y el farmacéutico estaba siempre en su oficina actuando según arte o acompañado en la rebotica con el cura, el médico, el albéitar, el maestro y los escribanos, ¿puede sorprender que el cura, desasosegado por los condolimientos de sus penitentes, quisiera darles un alivio en sus dolencias además de confortarles el espíritu y con esa altura de miras se pusiera a elaborar complicadas fórmulas como las que veía de confeccionar al señor farmacéutico?.

Sobre ello caen además los factores personales y los del cura de Tembleque debieron ser de los más relevantes para haber dejado su nombre en la historia médica de la antigüedad como preparador de un bálsamo que fuera como mano de santo para las relajaciones y dolencias, que no han variado, porque el hombre se seguirá quejando hasta que se muera y los remedios se seguirán aplicando mientras el mundo sea mundo. Puede que no haya otro remedio médico de tanta celebridad en la medicina manchega y ahora mismo, que tanto sabe la gente, a ver quien alza el dedo.

¡Y es que había cada bálsamo!...

En eso se ha perdido mucho, aunque su eficacia está bien a la vista, cae un jugador en el campo de fútbol como muerto o dando pataletas. Llego el ministrante, le da una embrocación de bálsamo y sale corriendo, aunque sea a pata coja. La diferencia es que lo de ahora está hecho en la perfumería Gal y entonces lo hacía Don Hilarión en Puerta Cerrada con más sal que nadie. Todo el mundo lo creía así y lo comparaba con cualquier motivo y muchas veces, el tío Bernardo Campo, que no había que comérselo de vista, subía a mi casa a catar el vino para ajustarlo, se ponía con el vaso de prueba al salir de la puerta de la bodega, lo miraba al trasluz, metía la nariz en el vaso, echaba un sorbo, se enjuagaba, lo escupía, chascaba la lengua y le decía a mi padre:

—José, ésto es bálsamo, pónlo en prueba y si se queda, mañana lo ajustamos, que no reñiremos.

Luego el bálsamo ha sido siempre una cosa buena, pero que muy buena y el del cura de Tembleque, que se hacía en la botica real, eficacísimo y vulnerable, es decir, reco-

mendado especialmente para aplicar sobre los tejidos vulnerados o heridos, llagados o ulcerados.

He aquí la fórmula y el arte de su confección.

“Zumo de uvas tintas recientes, seiscientas veinticinco libras; hojas y flores de romero cogidas en mayo, ocho libras; de hojas de salvia tres libras; de hojas y flores de cantueso y maro vulgar, de cada una dos libras; de raíz de sinfiro mayor una libra; de fruto de nuez moscada, de raíz de gengibre blanco, de corteza de naranjas agrias cogidas en Mayo, de cada cosa cuatro onzas; de hojas de ombliguera, de clavos de especia, cardamomo mayor, de cada cosa dos onzas, cortadas y contundidas, macérense en vasija bastante ancha y en lugar moderadamente cálido por un mes a fin de que se haga la fermentación alcohólica. Después hágase la destilación hasta la mitad del baño de María, en alambique capaz, o hasta tanto que el líquido que se destila no se encienda a la llama. Después vuélvase a destilar hasta la mitad del baño de María en alcohol destilado y después tómese de este mismo alcohol rectificado treinta y ocho libras, de hojas de olmo cogidas a principios de mayo y de álamo negro cogidas al mismo tiempo, de cada cosa dos onzas y media, de raíz de espino negro, de zarzamora sin madurar, cogidas a fines de julio, de cada cosa veinte onzas, de raíz de sinfiro, bayas de enebro y hojas de ombliguera, de cada cosa diez onzas; de siempreviva menor cinco onzas; de cáscaras de granadas agrias quince onzas contundidas y hechas pedazos macérense en dicho alcohol por espacio de ocho días hasta que se extraiga la tintura bien saturada, la cual filtrada se ha de guardar para usarse en vasija bien tapada”.

¿Eh? ¿Qué tal? ¡Haber que dolencia se resiste!.



El tío del Pelito visto por el dibujante Gabriel Ruiz Aranda.

Inadvertidamente se nos había trasapelado este dibujo de Gabriel que no dudamos en incluirlo un poco fuera de lugar, pero próximo al trabajo que se le dedica a Pablo. En él aparece muy juvenil y en esa actitud cierta que es habitual y característica de los matarifes, abiertos de brazos y de piernas para abrazarse y sujetar a las reses que sacrifican, bien fajados para ampararse los riñones y de blusa corta que no estorbe.

El curanderismo alcazareño



El tío del Pelito,
Pablo García Rodríguez

Tan fecundo y variado como puede deducirse de los diversos testimonios que se le llevan dedicados a lo largo de esta obra, no ha sufrido decadencia y sigue constituyendo uno de los focos de atracción de la vida local.

El buen observador ha podido comprobar siempre su radio de acción y sus modificaciones, según las cualidades de las personas que lo ejercían, su influencia comarcal y, según los casos, de la atracción sobre nuestros convecinos por alguna persona notable de los pueblos inmediatos. Por ejemplo nuestra Mariana, la Pinta, abrió un amplio cauce hacia Criptana de la corriente curanderil, como lo ha sido y es foco deslumbrante el de la Avelina y el del

Pastor de Manzanares, famoso donde los haya, cuya decadencia y extinción vino a enlazar con la aparición y prosperidad del tío del Pelito en Alcázar.

El tío del Pelito, Pablo García Rodríguez, era natural de Illescas, el importante pueblo de la Sagra a la que estamos unidos por el matrimonio y residencia de nuestro Cervantes en Esquivias que es aldea de su partido. Allí tenía la fragua Domingo, el padre de Pablo, en la que bien pronto se pusieron de manifiesto las cualidades de éste, pues a poco de nacer lo sacó su madre en brazos a la fragua en ocasión que había un señor que preguntó en el acto de quien era aquel niño. Domingo contestó que suyo y el señor dijo que lo apartaran y se lo llevaran porque no podía estar con él porque su madre le había quitado la gracia al contarle a una vecina que había hablado en su vientre. Domingo mandó retirarse a su mujer con el niño y el hombre reconoció que el chico seguiría teniendo gracia para él y para curar. Después se vió que se enfrentaba con los perros rabiosos y no le hacían nada, hasta el punto que los pastores y ganaderos echaban mano de él para defenderse cuando había casos de rabia, puesto que a él no le mordían y una vez en Toledo ante un caso desesperado, se fue al perro que se le pegó mansamente y le cortó la cabeza con el cuchillo de descuartizar las reses.

Por las razones que fueren a Pablo no le tiró la fragua y para hacerse

matarife se colocó en el matadero de Toledo y después fue carnicero en su pueblo donde le decían Rebujina, como aquí a su hijo en su afición a los toros.

Descuartizando reses adquirió gran soltura en el conomiento de las conyunturas y un especial tacto para gobernar las desgovernadas que le dió mucha fama porque él era prudente y pausado, y tuerto del ojo izquierdo a consecuencia de un pajonazo que se dió yendo a por hierba para los conejos, accidente y consecuencia más frecuentes de lo que parece y aliciente sobreañadido a las cualidades curanderiles que sobresalen en todos los lisiados como un mérito más, y acatado por todo el mundo.

Gracias a la amabilidad de sus hijos podemos ofrecer aquí su estampa y pasarla a nuestra historia. La actitud que adopta es más bien de ciego que de tuerto, incluso por la forma de llevar la bufanda, la vara y los memoriales, pero hay un detalle irrefutable que es la localización del lunar que le dió nombradía y mote inconfundible, el tío del pelito y lo tiene situado en el lado derecho de la cara, contra la quijada, en el mismo borde de la carrillada, delante del borde anterior del masétero. Lo llamativo del caso no es el grosor del lunar, sino el mechón de pelo que le crecía en él como en una maceta y se le notaba mucho.

Aunque me esté mal el decirlo, tengo que confesar que más o menos, me ha tocado asistir a nuestros curanderos y que jamás se me ha ocurrido molestarles ni siquiera en la época que los médicos bramaban cada vez que se enteraban de alguna intervención, pero mi asistencia se ha debido a considerar ellos que yo tenía algo, según me decían, algo de la gracia que a ellos les iluminaba por los oscuros caminos donde se esconden los males.

Pablo vino desde Illescas a la carnicería de Climent el de la Plaza, para atender la parte del matadero que se le daba muy bien y sirvió de base a sus



MATANZA SINGULAR

Lo fue la de este semental de puerco que había en casa de Josito cuando ya llevaba el horno la Madrileña.

En ella está el tío del Pelito como asesor, ya "arrugaíllo" y de gorrilla a la izquierda. La ejecutaba su hijo y sucesores ante la expectación de la vecindad. Pablito está en trance de abrir y despanzurrar la res, haciéndolo con el animal tendido y no colgado como de costumbre, por su gran peso, pues dió treinta arrobas, treinta kilos de jamón según el atoro que hacen los carniceros, kilo de jamón por arroba de peso del animal.

El chiquejo que hay en el frente es el tercer Pablo de los Pelitos. La expectación despertada por esta matanza y la concurrencia de observadores se debe a la grandiosidad de la fiera y al gusto de echarse un somarro con sus magras como homenaje de despedida.

maniobras curanderiles.

Los Climent fueron otros con los que tuve contactos toda la vida. Eran dos hermanos, Miguel y Jerónimo Climent Llorca, Miguel de aquí arriba y Jerónimo de allí abajo, naturales de Finestrat, pueblecito alicantino de las inmediaciones de Villajoyosa, por entonces en la miseria como toda la provincia en la que se pasaba hasta diez años sin llover y sin cosechas. Se quedaron sin padre y se bajaron hacia Jaén empezando el tráfico de los gorrinos, motivo que les detuvo en Alcázar por razón de las comunicaciones.

El hijo mayor de Jerónimo, Vicente, fue un poco tiempo a mi escuela donde le conocí pero al tío Miguel y a sus hijos les trate mucho más después, de todo lo cual hay constancia y hasta fotografías en esta obra, así como de las personas que les rodearon. Ahora y gracias a su nieta Olimpia, -la chica de Plablo Fuentes- podemos dejar esta fotografía de Jerónimo que le representa tal como era cuando vinieron a Alcázar y después, porque sus sobrinos vistieron así mucho tiempo y con sombrero ancho andaluz como nuestros arrieros y por la misma razón.

Jerónimo evolucionó y puso carnicería en la Castelar, de lo que no entendía y justifica la presencia de Pablo el del Pelito. El desconocimiento era tanto que Doña Matilde, la mujer de D. Gonzalo, que entendía el asunto, les aleccionaba sobre el mejor modo de partir las terneras para el despacho.



Jerónimo Climent al que llamaban "Consensia" porque así lo deía él con acento valenciano cuyo aire se le ve a la legua, nos trae el mejor recuerdo de toda la familia, pues su sobrino Miguel era igual, un gorrino jaro hasta en el mirar, lo contrario que su hermano Pepe que era moreno.

EL MERITO Y LA MAGIA DE BENITO

Alcázar no ha estado fallo a ningún "palo" del curanderismo, pero no recuerdo que nadie entre nosotros haya conseguido más fama que Benito manejando hierbas, aunque éstas sean solamente un medio, como los diferentes "mensujes" conocidos en la historia, porque lo importante es él y el poder mágico de que se considera investido.

Sobre el medio o recurso que cada uno utiliza como vehículo para devolver la salud, los de más nombradía han tenido la protección divina a través de algún santo, como la Mariana que no daba un paso sin mirar la imagen

de Santa Rosa de Lima y la misma Remontona decía la oración musitando jaculatorias. Pues Benito tiene a sus espaldas la imagen apostólica de San Pablo, que es un detalle, pero para él lo de menos, porque una vez quisieron enseñarle cosas de medicina y dijo que él no necesitaba eso porque le sobraba con su poder.

Otra prueba de la eficacia de los recursos bien manejados es la cantidad de dolencias que se han remediado con "Hiporfosfitos Salud". Y ahora mismo, la Avelina tiene su panacea en el "Histógeno Llopis", pero lo importante es que la gente se siente aliviada y aún curada, lo mismo de los dolores de riñones que de las angustias de por las mañanas.

Y lo mismo le pasa con la lectura y este es un fenómeno común entre los analfabetos que no es para despreciarlo, pues comprende todos los saberes, como los ciegos que tienen la compensación de los demás sentidos agudizados y otros nuevos que parecen crearse. En las tierras liegas es donde más proliferan las plantas silvestres y todas tienen alguna virtud, aromática, curativa o comestible, como el tomillo, el romero, los cardillos, las collejas, los espárragos o las setas.

Maneja las hierbas en los tratamientos pero no curan las hierbas, es él, como pasa con el agua de la fuente de la Teja que, si la bebieses y calentura trujeres, sin calentura volvieres, pero no es el agua que corre y cambia continuamente, es el Santo el que hace el milagro.

Benito es mitad y mitad, porque no recolecta las hierbas ni va a buscarlas, las compra ya envasadas como las sopas hechas ahora, pero el poder de la credulidad es tan grande que la gente lo olvida todo y solo ve la fuerza taumatúrgica de su manipulador, por lo que no es un mero expendedor, pues en ese caso actuaría como un mancebo cualquiera de botica que no puede eximirse del consejo, del parecer o de la indicación más conveniente del producto que entrega. Benito da la hierba después de enjuiciar el problema clínico que se le plantea, como es natural, primero saber la enfermedad y después ponerle el remedio.

Eso lo realiza Benito en un acto de emocionante entrega y sublimación que deja a la gente patidifusa relatándole todo lo que le va viendo por dentro y las faltas y las sobras aunque no se le vean ni se sepan. Se sienta frente a la persona consultante, se pone la mano en la frente como bisera de sus ojos y le clava su mirada fija, penetrante, y empieza a explicar sus observaciones: usted está de la espina y tiene dos cuentas desviadas, por eso le llega hasta la nuca. Tiene almorranas.

— ¡Ay! Jesús, hija, ¿Y como las ve usted?.

Regulares, la de la derecha más congestionada. Y varices en las piernas con mala circulación. Pruebe usted la orina no sea que la tenga dulce y que le miren la sangre por si no le cuaja.

— ¡Bendito sea Dios. ¿Y cree usted que se me quitará?.

—Si, señora, no falla, de esta hierba toma una jícara en ayunas durante seis meses y le agrega unas ramillas de esta otra. De la bolsa verde una pizca en otra jícara al acostarse con tres o cuatro granos de matalahuga. Y pediluvios de agua fresquita que se encojan las venas. (Esto lo mandaba mucho Ibáñez como se recordará que lo contamos. Y las ensaladas de lechuga con azúcar que salvaron a mucha gente, aunque le diera coraje a Don Magdaleno, pero haber que vida).

Benito posee un espíritu desprendido, generoso, no en balde corre por sus venas sangre andaluza, aunque naciera en Alcázar y muy poseído de que Dios da ciento por uno y ayuda a quien lo merece. Y para que veamos las compensaciones del analfabetismo, recuerda lo que tienen sus pacientes que son miles y los tratamientos aplicados y sus mezclas entre el mismo volumen de hierbas.

Es incontable el número de enfermos desahuciados por los médicos y curados por Benito, como aquel Conito que tenía ataques de asura y en cuatro años lo dejó como nuevo.

O aquella de Argamasilla que no podía dormir y vino a Alcázar cansada de los médicos y de estar cinco meses sin poder acostarse y durmiendo con los codos sobre la mesa y a los siete meses estaba tan buena que prometió venir a bailarle a Benito y así lo hizo en un acto de sana alegría.

Y en Bilbao, aquella chica de Baracaldo que estaba de la sangre y le daban tres meses de vida los médicos de los hospitales y cuando se la volvieron a llevar, locos de contentos, dijeron que era un milagro porque ellos creían que estaría enterrada. Como el otro de Bilbao que dejaron los médicos por imposible después de cinco años de darle vueltas sin encontrar el mal y cuando subía las cuentas le faltaba la respiración y se caía con un ataque y en cinco meses ya estuvo listo. Y cientos y cientos de desahuciados que han sabido lo que tenían gracias a los rayos del mirar de Benito y encontraron el remedio en sus hierbas naturales. Y de los bultos que salen y los ve todo el mundo no hay uno que se resista, todos se consumen y se quedan como los cardos en Agosto, que les pones el pie encima y chascan, dispersándose por el suelo todas sus espigas.



Benito Moreno Hernández, hombre de mucho asiento, como puede comprobarse, solo con mirar su cuerpo, que no tiene nada hueco, y todo está relleno de fantasías y de sueños contrapuestos.

Relaciones Humanas y Biológicas

Una cosa que me ha llamado la atención y me la sigue llamando, son las relaciones entre los pastores y las pastoras, sus mujeres, que desde el punto de vista médico sobresalen mucho.

Ya de chico me era sorprendente verles requerir a la novia como al acarrear las ovejas y apreciar la docilidad con que se les pegaban y se les sometían.

El método les resulta tan infalible que después de enfriado el matrimonio y bien enfriado, la borrega sigue pegada al mayoral como si aquello estuviera ardiendo o tal vez más celosa y cuidadosa que en su época de producción y de crianza.

Tratándose de enfermedades supera al propio interesado en la apreciación y valoración de todos los detalles de la enfermedad, como si las sufriera ella, le ayuda en todo, le evita cuanto pueda molestarle y le aplica cuanto se le ocurre que lo puede mejorar, sin tomarse ningún descanso, cosa que difiere mucho en la vida no pastoril en cuanto hay que pasar una mala noche.

Con el médico de su confianza, la pastora es expresiva por demás y no le oculta sus creencias, sus dudas y las sospechas que tenga de las causas de lo que le pasa al hombre y de lo que necesita, porque ella también está hecha a descuartizar reses y ve muchas cosas, desnuda al hombre, lo viste, lo vuelve lo analiza todo y se queda con su verdad rumiándola hasta que la aclara.

El hombre, sin perder nunca el aire que le da el manejo de la garrota, detrás del ganado, se deja de manejar, se afloja, se coloca como le dicen y acepta cuanto le proponen para observarle o para remediarle en lo que padece, pero es ella la que lo sujeta y lo observa como si fuera un borrego que se lo mete entre las piernas.

Ninguno de los dos es distinto a las demás personas, pero es el trato con los animales y sus cuidados lo que les da esas cualidades, que de mozos predominan en el zagal y de mayores sobresalen en la mayoral. Antes y después son más o menos acentuados según las cualidades personales de cada cual, pero hay casos admirables que dan envidia por la ternura de ella y la cazarería inexpresiva del zopenco que con desdeñosa cara parece rechazar la inmerecida amabilidad.

Metidos los dos en el redil, la oveja sigue dócil y el morueco díscolo y cabezón, pero ella lo rehuye y no se deja cubrir, que es su recurso para mortificarle.

En la vida pastoril todo es indispensable y de precisión en cada momento, no se puede dejar ni desatender los cuidados sin sufrir perjuicios y tal vez esa necesidad, el celo y la permanencia de la obligación a que obliga, hace a los pastores más constantes y más pausados en sus aprecio.

ACLARACIONES

No hay libro que salga sin faltas y por tanto que no lleve al final algunas aclaraciones y el que no las lleva debería llevarlas.

Los nuestros no están libres de ese flaco, pero como los hacemos en confianza, más bien en reunión familiar y con la esperanza de que alguien haga una síntesis perfecta, no podemos dejar de aportarle el mayor número de detalles posibles, a sabiendas de que no podrá aclararlos ningún continuador.

En el trabajo de la botería del libro 45, hay unos guardias municipales que se citan, pero se pasó inadvertido y no se dice nada de los correderos que hay entre ellos, que son Epifanio el Majo y Loreto Pozo el de las antiparas, que son los mismos que en la fotografía siguiente están quitando el embudo del pellejo en compañía de Manuel Pozo, cosa que a mí mismo se me pasó y está clarísimo una vez advertido. Que conste.

SUCEDIDOS

Fueron a medir a la bodega de Benito, el hermano de Estrella y tenía la pared llena de pellicas de liebre pegadas en ella.

—Los corredores le preguntaron:

—Tío Benito, ¿Caza mucho la perra?

—Ahí teneís la muestra, les contestó Benito, rascándose sobre la oreja.

(Recordado por el chico de Guillermo Terciana).

Julián Borrego fue a misa un Domingo de Ramos y le dieron uno de oliva.

Tenía una cebada buena en el camino de Villafranca y plantó una vara del ramo en cada pico.

Aquilino Beamud que andaba por allí guardando le preguntó qué hacía y le contestó que lo había puesto para que no se le apedreara.

(Aportación de Julio Maroto Escudero).

Al tío Cartagena se le pusieron los ojos malos y fue a ver a D. Manuel Manzaneque.

—Si es que bebes mucho aguardiente, le dijo y eso es muy malo para los ojos que se ponen colorados.

—Pues mi gato los tiene malos y no lo cata, le contestó Cartagena.

(Aportación de Juan Requena, Terciana)

MEDIR Y CONTAR

En los buenos tiempos, entendiendo por buenos los más antiguos por aquello de que cualquiera tiempo pasado fue mejor, se envasaba el vino en pellejos y se medía desde el tino donde caía el chorro por la canilla puesta en la tinaja.

Echar canilla era una maniobra de fuerza y habilidad para no verter el vino ni ponerse como un cirineo y bañar a todos los de alrededor, en charcando la bodega. Se cortaba el corcho al ras del agujero de la tinaja con la misma navaja de comer y con la canilla estopada en proporción con el agujero que debía obturar y taponada, se apretaba sobre el corcho que al hundirse en la tinaja aparecía flotando en el vino de la boca. Ese momento de entrarse el corcho y reemplazar su obturación por la canilla, con la fuerza que manda el tener encima 400 arrobas, era el de los chapuzones que ponía a prueba la destreza del que echaba canilla ante la expectación de todos como en el momento de echarle el gancho al gorrino.

El corredor se remanga un poco, sin llegar al codo, como solían hacer también los taberneros y a mí me ha quedado la costumbre por ver a mi padre que lo hacía el entrar el grano y, una vez remangado empezaba a medir y contar.

Los tratos se hacían a las veinte y a las veintiuna como se dijo. Cuando era a las veinte el medidor al llegar a ellas hacía una raya vertical, equivalente a 10 arrobas. Si era a las veintiuna al llegar a las veinte echaba otra media y cantaba:

—Veinte y la suya, y al decirlo hacía la raya vertical.

Cada diez rayas verticales eran cien arrobas y la raya que las señalaba la subían por encima de la horizontal y le hacían una porreta, con lo que se sabía a primera vista y desde lejos la cantidad de vino limpio que había dado la tinaja: dos rayas con corona y cinco rayas eran 250 arrobas, *que lo sabe muy bien Juan Requena, el de Terciana, que las midió muchas veces.*

SUCEDIDOS

Me recuerda Alfonso Atienza que siendo presidente D. Juan Castellanos se presentó en la Alcaldía Urbán, aquel que vivía por la placeta de las Almirces, que iba al pali-lo con Canene y aquellos y dijo que en la vega había un hombre muerto.

Mandó D. Juan enganchar la tartana y se llevó a D. Gonzalo y a Silvestre Engaliebres con la tumba.

Al pasar el cerro Mesao buscaron por todas partes y acuciaron a Urbán para que dijera donde había visto el muerto, si más acá o más allá, a este lado o al otro, porque ya estaban en el río.

Ante los aturdimientos de Urbán el gañán le dió un metío y se descartó diciendo:
¡Toma, pues si no está se habrá idol.

Autores y actuantes

Un día, algunos de los concurrentes a la taberna de Perico Pelos, se reunieron en la carpintería de Pajarillo en la Placeta Pachurro. Era un catorce de mayo, merendaron y zurrilla va, zurrilla viene, hasta que cenaron y decidieron ir a San Isidro aprovechando la baratura que ponían todos los años. Estaban allí Aurelio el garbancero, el Manchao, el Ñoño y Vicente Pachurro.

Aurelio había salido de su casa cuando iban a comer y la mujer había preparado la cazuela con las sopas, con aquel arte en el manejo de la navaja que cada rebanada de migón parecía un picatoste, pero Aurelio le dijo:

— No vacíes el caldo hasta que yo venga, que no se enfríe.

La cosa se complicó y volvieron a los tres días, aunque eso sí, muy recapitados y pensando en sus faltas.

El Ñoño le preguntó a la Reina:

—¿Le habrás echado de comer al borrico y le habrás dado agua?. Se fue derecho a la cuadra y se abrazó al pescuezo del animal casi llorando y hasta le mordió las orejas.

El Manchao le preguntó a la mujer si andaba ya la chica porque la estaban enseñando cuando se fue.

Pajarillo con aquel cuido que tenía para los animales, preguntó mil veces seguidas si habían sacado los palomos y se puso tan contento al decirle que tenían dos pichoncillos.

Pero Aurelio encontró a la mujer desdeñosa y le dijo:

—¿Estás aquí ya? ¿Vacío el caldo?. Porque como me dijiste que no lo vaciara hasta que vinieras....

Vicente Pachurro le preguntó a la mujer que quien le había echado las gavillas de la tiná.

Son escenas tan alcazareñas y tan de diario en el tiempo pasado, que da pena pensar que ya no sucedan por lo entrañables que eran.

Aurelio, El Garbancero



· Este es Aurelio el Garbancero —Aurelio Arias Pacheco—, aquel que iba al Campo a vender torraos con el carrillo los domingos y días festivos, uno de los contertulios del sucedido anterior y de infinitos más.

Alcázar ha sido siempre un pueblo muy “alcagüetero” y los antiguos no le hemos perdido el gusto y todavía quisiéramos comernos una orilla de pan moreno tierno con una perragorda de alcagüetas y garbanzos bien tostados como los hacía el tuerto Jícara. No se ol-

vida nunca a las personas que nos han dado cosas buenas y de todo lo que movía el Catre, lo más agradable de recordar son las alcagüetas que nos daba la Morena, su mujer, perrilla a perrilla. ¡Y qué garbanzos que se deshacían como la manteca!.

Siempre se han agusanado las cosas, pero no recuerdo haber visto mariposas de chico y mucho menos, muchísimo menos, que supieran a naftalina. Me figuro que ahora, con tanto consumo tendrán las alcagüetas como antes la paja y la cebada y que aquello será el paraíso de las mariposas y tendrán que “fuñigarlo” como decía Estrella para que no se coman hasta el alcagüetero y no va a hacer el hombre lo que Ganchín.

Ganchín, Pedro Manuel Mazuecos, era uno de los hombres célebres de Alcázar. Pero muy célebre, casi tanto como José María el de los papeles. Se juntaba con Agustín Muela que también se dejaba de caer.

Fue a pescar un día a Molín y llegó Churrín a caballo, tan fanfarrón y tan pretencioso y le preguntó que tal se daba la pesca.

—No se da mal, le contestó. Al que le doy lo echo al saco.

Acerca el caballo al agua para verlo y estaba pescando con una maza.

Y VAMOS DE TABERNAS CON JULIO MAROTO ESCUDERO QUE RECUERDA ESTOS EPISODIOS

En la taberna de la Simona, tan conocida que con el nombre basta, comentada en otras ocasiones, gran temperamento de mujer de mostrador, se juntaron un anochecer Tocón el aguador, aquel de por los Alterones, Panache y el Maízo.

Se bebieron un jarrete cada uno y terquearon por cual era el agua mejor, Tocón que la del pozo Ambrosio y Panache que la de Tello y tanto se enfadaron que se salieron a la calle y al llegar a la puerta dice Panache:

—Aquí tiene que quedar uno,

—Pues quédate tú si quieres con el frío que hace, le respondió Tocón.

Al entrar le preguntó el Maízo que en que había quedado la cuestión.

—Ahí se ha quedado ese al fresco, pero llegó al poco y no hablaban. El Maízo preguntó si se sacaba otro jarrete. Se lo estaban bebiendo y se acercó Bonifacio echándolos a la calle:

—Andar, que voy a cerrar.

No cerró pero los puso al fresco para que se despejaran.

Fotografías instructivas

Lo son las que figuran a continuación, como todas las de esta obra, demostraciones de nuestro vivir, de nuestras tendencias, de nuestras preferencias, de nuestras di-
tiones y cualidades.

Este grupo de alcazareñas, un poco más peluchas que lo usual en ésta faer-
vendimia, siempre con gorro bien apretado, nos muestran esa cepa ubérrima y el co-
o de uvas recién cortadas y saludables como ellas.

Las observa el caporal, Vicente Serrano, el yerno de Ricardo Canillas, espigado, magro,
cetrino, bien puesto y mejor calzado de albarcas y sin embargo indolente, imagen típica
del árabe español.

La segunda fotografía repre-
senta una merienda de los
carpinteros de los Devis para
celebrar el día de su patrono,
San José, cosa habitual en
Alcázar cada año, desde el día
del Niño hasta San Silvestre
con cualquier motivo, pero lo
importante del caso fue que
la apertura de los Devis
cerrara antiguos talleres, des-
pués de las vacilaciones de
sus propietarios dudando si
ponerse a servir o buscar cria-



da y en esa duda y en el ponerse a servir está el intríngulis de la cuestión alcazareña, por lo
que supone de comodidad y de huída del sacrificio y de la responsabilidad que, natural-
mente, tienen al cabo el premio o el castigo que merezca la iniciativa y la abnegación con
que se haya afrontado. Se abrió un foso en el que se precipitaron vidas laboriosas que de-
jaron un vacío que vinieron a llenar otros no menos trabajadores que recogieron la cose-
cha por la ley de las compensaciones de la vida que siempre va igualando los terrenos y
solucionando las dificultades.

No es esto de Alcázar solamente, sino de toda la comarca en la que los médicos de fa-
milia hemos tenido que mediar en las trascendentes decisiones de desmontar artes de vi-
da bien establecidos y sólidos para irse de peones a fábricas o almacenes.

Muchas veces fueron motor de estos impulsos las mujeres que tan pronto se les lle-
na el ojo y arrastran a los hombres a efectuar cambios inconvenientes de trabajar a toque
de campana cuando lo hacía en su casa con tanta independencia como eficacia y con toda
la amplitud de que fueran capaces o pudieran ambicionar.

La fotografía está hecha en el corral de Leoncio Chocano, cuando ya vivía en la casa que hizo en el Arroyo y en ella figuran de abajo arriba y de izquierda a derecha, José Camacho, José Romero, el Alambrito, Angel Molina, Pedro Camacho, Jesús Tajuelo, Angel Pareja, Esteban Castellanos, Miguelillo Tejera y Antonio Navarro, el de los Alterones. Con la chica en brazos Jesús Ubeda, a su izquierda Francisco Marchante, el pintor, Humberto Alvarez y el Chori.



CANTARES DE QUINTOS

Siempre abundaron pero en los tiempos de Estrella que son los de verdadera manga ancha en los usos alcazareños más netos y genuinos, constituyeron un verdadero alarde.

A los quintos de mi tiempo les iré ofreciendo algunos por si les apetece coger el zurriago y salir por ahí.

*Si dejas parado el carro,
no dudes que se desarma,
y eso ha de pasarte a tí,
en el "hogar" o en la cama.*

*Hay hombres muy complacientes,
que no cumplen sus deberes
y dan lumbre a sus mujeres,
con gestos de pillín,
pero ellas mientras encienden,
más o menos sonrientes,
están diciendo estre dientes:
—No es por ahí, no es por ahí.*

*Si te gustan los tomates,
procura sembrar algunos,
sin esperar a que el cielo,
te los mande ya maduros,
no sea que no los cates,
si acaso se pone "nulo".*

*Madruga y duerme temprano,
trabaja mientras te tengas,
pero de veras.
No fumes nada, bebe alguna copeja
y mantén suave la pelleja.
Porque el cuero duro se cuarteja.*

El periódico de Alcázar

El que se echa de menos y pudiera surgir en cualquier momento, podría nacer defectuoso o subnormal como se dice ahora, si naciera como órgano de un partido político, a lo que está muy expuesto por las circunstancias del momento, harto inestables y que no fuera, por lo mismo, EL ECO DE ALCAZAR, expresión del pueblo, que no es un partido, sino la unidad ciudadana, porque tendremos que reanudar la historia, o sea, tomarla donde la dejamos cuando el vendaval nos arrolló, allá por el año 1923, pues Alcázar iba muy bien, quizá y sin quizá, como ningún otro pueblo de España. Y en cuanto al posible nombre de la publicación, este de EL ECO DE ALCAZAR, fue el de una publicación menor, literario-comercial, que editó Pedro Escudero, cuando creó el Almacén de La Mancha y se sintió el comerciante más importante de la comarca. Fue, además, el mejor concejal de obras públicas que se ha conocido en Alcázar y será difícil encontrar otro parecido, por su capacidad lo primero, por su madurez y constancia después, por su independencia económica y por sus dotes para aguantar toda clase de temporales y llevar las obras adelante coronándolas con su terminación. Se hizo el Alcalde indiscutible para la primera oportunidad y lo hubiera sido por aclamación de no ocurrir cuanto ocurrió.

Sería de desear que esa posible y necesaria publicación, naciera desligada del interés particular e identificada con el interés alcazareño, recogiendo siempre el sentir general y anteponiendo a todo el bienestar y la prosperidad de la Villa y que más que el ECO fuera la VOZ misma de nuestro vivir, expresión de nuestras necesidades, de nuestras aspiraciones y también de nuestras flaquezas, crisol donde se fundieran todas las tendencias con un espíritu amplio, ponderado, cordial que conciliara todas las idealidades, armonizando las irregularidades para lograr el resultado más conveniente para la comunidad, favoreciendo la política de altura, noble, generosa y engrandecedora y huyendo de las ruindades dañinas que todo lo malogran y lo estropean.

Se le ve de momento, a esta posible publicación, una misión educativa transcendente, de educación política, sobre todo, de convivencia ciudadana en primer término y de refuerzo de la censura social que tan eficazmente rechaza cuantas tendencias van en contra de sus principios y de su integridad.

Siempre han ejercido esa función nuestros periódicos y siempre con eficacia y con aplauso general, aunque hay que reconocer que ahora necesitarían mucho más temple y constancia en esos menesteres, pero era sumamente eficaz y comodísimo para el vecindario, tan pacífico de suyo, que salía el periódico los domingos con el juicio ineludible que mereciera el vivir de la

semana y que cada vecino, desde el silencio y la paz de su hogar, le prestara no solo su acatamiento, sino el apoyo firme, lo cual se veía palpable en que las cuestiones se encaminaban hacia donde señalaba el periódico, inflexiblemente inclinado a la convivencia general, que era lo que le daba fuerza moral irrefutable, muchas veces con campañas prolongadas, variadas y decisivas.

El periódico es la parte más resonante de la censura social y el freno más poderoso para los descarríos, por lo que ha de estar en mano segura, hecha a dominarse por sí misma y acostumbrada al manejo del timón, aunque el timonel mismo queda sometido a su propia responsabilidad y a los reproches de la opinión pública que superan a veces en poder prohibitivo a las mismas leyes del país.

El periódico de pueblo es distinto a los demás periódicos, no solo por la modestia de los que escriben en él, si no por ser todo para los convecinos y amigos, todo conocido hasta las entrañas, las personas, los hechos y los propósitos. Son publicaciones domésticas con todos los flacos de las familias y vidriosas como ellas solas de las que nadie se fía y se les buscan siempre las intenciones posibles más remotas u ocultas.

Las inquietudes culturales que se aprecian son mínimas y no prenden las ideas.

La gente se ha acostumbrado a la justicia llamada catalana, la de la propia mano y nadie echa por la vía persuasiva del razonamiento, de la lógica y del bien obrar.

En los últimos años rodaba alguna vez el rumor de que se iba a hacer algo pero siempre pasaba sin consecuencias. Ahora tampoco se nota en la juventud ningún deseo de actuación noble, cosa que antes era constante, no solo en las publicaciones de las que solía haber varias al mismo tiempo, sino en grupos artísticos, sociedades recreativas, agrupaciones musicales, etc.

Los mozos y las mozas, separados y bien separados —la separación es el más poderoso imán, so tontas— se hacían observar con músicas y danzas, pero ahora, con los fuegos apagados se pierden los impulsos de atracción y se sestean como lirones.

La televisión que tantas deformaciones educativas está logrando, disuelve las familias en el sentido de individualizarse a sus mimbros identificándolos con el dramatismo pelicularo. Impide igualmente la formación de cuadrillas de amigos en las que se formaban las agrupaciones dichas, estimulándose unas a otras, porque cada uno vive pendiente del desenlace de su novela policiaca y no hace caso de amigos y si se juntan es para hablar de los episodios proyectados cada día y su ilusión es la de los personajes representados sin reparar en lo que tienen alrededor y desde luego sin hacer nada por sí mismos.

Veremos lo que da de sí la energía social tarada con tantos desarreglos y tal vez haya que conformarse con que no haga nada, pero que no deshaga todo lo existente.

DOS CASOS FUNEBRES

Así titula Emilio Paniagua estos sucedidos que no tienen nada de fúnebres porque la humanidad encuentra siempre las compensaciones necesarias para equilibrarse y una de las más significativas es el buen humor y el gracejo soterrados que corren siempre entre los asistentes a los entierros y lo mucho que se ríe entre los más allegados las noches de los velatorios.

Veamos lo que nos cuenta Emilio.

En enero de 1929, falleció Bernardo "Carabina" —Bernardo Ropero Alcañiz— y al velatorio asistió Isidro "el Cabrero" —Isidro Ortega Castillo— que trabajaba de cobrador en el Banco Central, recientemente inaugurado, y cuyo director era don Rufino González, persona inteligente y simpática que se hizo muchas amistades en el pueblo. Como correspondía a su profesión.

Cuando Isidro tomó asiento, y después del primer comentario sobre la enfermedad y aquello del "¡no somos nadie!", le preguntó Fortunato;

—¿Lo sabe don Rufino?.

A lo que respondió Isidro:

Sí, se lo he dicho yo y se ha alegrado.

Estupor y confusión momentánea en todos los presentes, hasta que Isidro, recogió velas diciendo:

—Don Rufino era muy amigo de él, y ha preguntado mucho durante la enfermedad, cuando le he dicho que se ha muerto tu padre, lo ha sentido primeramente, y se ha alegrado de saberlo, para venir a cumplir.

Respiro general.

Dirección prohibida.

Esto hará una docena de años, pues vivía Gabriel Ortega Sánchez, que llevaba el negocio de la funeraria, cuando iba esta a los entierros con el tiro de mulas, y se rezaba el responso en la puerta de la Iglesia, pues las misas de difuntos tenían lugar posteriormente.

En un entierro de Santa Quiteria, que había entrado por el boquete de la Trinidad, y claro es, quedó encarado frente a la casa de don Marto Espadero. Era de mucho personal, y calculando que la despedida del duelo iba a durar mucho, cuatro o cinco "listillos" de los que nunca faltan, se colocaron a la derecha de los curas, para en cuanto acabaran el responso, aprovechar el primer momento y dar el pésame a los del duelo, a contrapelo de la costumbre, que les aclaró de inmediato Gabriel, cuando se apercibió de la maniobra, para acercarse a ellos y decirles:

—Esperar un poco, y no pretendáis sacar modas nuevas, el acompañamiento se despide siempre, "en la dirección de las mulas".

Concreto y definitivo.

Recuerdos providenciales

Como de providenciales pueden calificarse los avisos que nos ha dado el tiempo en estos primeros días de Septiembre de 1979 sobre lo que pueden suponer nuestras imprevisiones, con unos fríos precoces, no exagerados pero bastante perceptibles, sobre todo para las personas poco hechas a las incomodidades que les será trabajoso acomodarse a la escasez, pues vendrá la restricción que acompaña a todo derroche inevitablemente y la tristeza reemplazará a las alegrías de la demolición.

No hace tantos años, pues alcanzó hasta nuestros días, que los pueblos contaban como tesoros los lugares donde leñar y sacar agua, reservas que eran motivos de negociaciones y compensaciones entre unos y otros. Y que obligaban a largos desplazamientos y a no pocas peleas. La gente, con pueril inconsciencia, quitó los fuegos, arrojó la leña, taló los montes que tenía, en los que podía disponer y se quedó a merced del petróleo que no es suyo ni es inagotable.

Habría que hacer y echar cuentas de diferentes clases para saber si los cambios dados a nuestros montes han tenido alguna ventaja, pues estoy en que poca o ninguna y sobre todo en lo difícil y prolongado de su crianza para caso de necesidad que no es para quitarlos así como así pensando que si hiciera falta pronto se criarían otros nuevos.

Solo la persona necesitada se hace cuidadosa y calculadora y aprende a estimar sus recursos, siendo esa una de las muchas determinantes beneficiosas de la pobreza. Recuerdo los infinitos hogares en los que he tenido que mediar y las diferentes condiciones de unas y otras personas y los resultados posteriores, el cuidado y el esmero con que unas personas le echaban aceite al candil o a la capuchina y la facilidad con que otras lo vertían en el fuego por saber que podían volver a llenar la alcuza.

La viveza y agilidad que tienen los chicos de las familias necesitadas, con matices gitanescos, no pueden ni compararse con la bobaliconería de los mejor acomodados. Aquellos chicos compiten hasta con los animales que son los seres más avisados para defenderse de las asechanzas y los cazan con una destreza increíble, desde los insectos hasta los mamíferos y por algo la gente decía que el hambre estudia más que cien abogados. Son más taimados que los gatos para acechar a los pájaros lugareros que son los que más saben y les echan la zarpa en cuanto se descuidan o los sorprenden en el nido que les descubren con la vista y las garras de las lechuzas.

La comodidad, la vida fácil, propende a la holganza, a la inacción, a la acumulación de residuos y al entorpecimiento de las funciones orgánicas que resta calidad y deteriora la mecánica de los actos.

Las historias se repiten y el péndulo, como la vida, seguirán obedeciendo a sus principios y puede que no sea lo peor que los chicos vuelvan a recibir información de los sucesos y de las historias al amor de la lumbre como las recibíamos los del siglo pasado en aquel ambiente, nada sobrado pero pleno de paz y de tranquilidad, propicio a que los abuelos nos contaran los recuerdos de su vida y los romances de su tiempo.

El frío que duraba ocho meses del año, era helado y nadie se separaba de la lumbre más de lo imprescindible, cuidando siempre de taparse y de encajar bien la puerta porque le olía el aliento, según decían los que se quedaban sentados alrededor del fuego.

Las abuelas solían hablar de lo que vieron en sus tiempos y lo que a su vez escucharon a sus abuelos anteriores.

Muchas veces nos ponían los pelos de punta con lo que hablaban de las guerras carlistas y de los facciosos que asaltaban a las carabanas por los caminos, secuestraban a los carramateros, pedían rescate, las familias se desvivían por dárselo y después de recibirlo los asesinaban cruelmente. Y citaban los nombres y las familias en las que habían ocurrido tales desgracias, algunas de las cuales aparecen reseñadas en estos libros de Alcázar.

Los chicos que oímos a las viejas aquellos cuentos como relatos de las mil y una noches, remotísimos e imposibles de alcanzar, hemos vivido después y por idénticos acaloros, otros mucho más horribles y feroces que por haberse quitado las chimeneas no podrán oír en las cocinas los chicos de ahora, pero no estaría demás que alguien autorizado hiciera saber a los chicos de las escuelas de cada pueblo, por si valiere de escarmiento, un apunte histórico muy objetivo de lo sucedido en cada localidad.

Los montes, los pocos que quedan, se siguen talando y es una pena ver sus calvas sembradas de avena escuálida o de tranquillón.

El monte es nuestro gran almacén de combustible y de muchos productos, que se renueva solo, aún no recibiendo ningún cuidado se rehace de cualquier agresión, como la del carboneo y a los pocos años está como antes, pero si se arranca tarda siglos en reponerse y por deprisa que crezca tarda lo suficiente para que se mueran de frío los listos que lo arrancaron.

VOCES Y POSAERAS

Era la feria de Alcázar, según el dicho popular. Y lo son igualmente otros aspectos de su vida y ahora que la gente piensa que dar voces por las calles es una solución, mucho más. No una solución sino hacer presión, dicen, para que otros hagan por temor lo que deberíamos hacer cada uno por convicción, porque las cosas se hacen haciéndolas, no hablando y menos voceando que es lo que se hace cuando falta la razón.

Por ejemplo, en Alcázar, corazón de La Mancha nada menos, tierra del vino y la zona más extensa de viñedo de toda España, hace años que no se dispone de una gota de alcohol para un remedio y que cuando se necesita hay que ir a buscarlo pordioseado por los pueblos de alrededor. Antes lo había en todas las casas, como el árnica y la gente se ponía sus pañicos en la frente cuando le dolía la cabeza. ¿Tiene ésto alguna justificación? ¿Es imposible remediarlo?

Igual pasa con el vino selecto si se desea hacer algún obsequio con vino de buena crianza y calidad, hay que ir fuera a por él. ¿Por qué?

El vocerío no puede hacer más que ocultar la falta, pero solo el trabajo podrá remediarla. Las palabras se las lleva el viento como la espuma y por algo, de nuestro productos envasados el único de fama fueron las gaseosas, por lo menos mientras se hicieron de bola que eran riquísimas, aunque solo pudieran refrescarse en el cubo de agua sacado del pozo o en el poco hielo traído del pozo de la nieve.

MATER DOLOROSA

Con tantas fotografías como suelo revolver, no he tenido ocasión de ver ninguna otra igual o parecida a ésta imagen patética y procesional, de una madre alcazareña, enlutada de pies a cabeza, que aparece con su hijo muerto en los brazos. ¡Cuánto sería su sentimiento para retratarse, como único medio visible de no separarse de él.

¡Qué contraste con el sentimiento actual que hace gala de no afectarle la desaparición de las personas de la familia!

Esta mujer, la de Fulgencio Pozo, nos ha legado la imagen que representa la realidad viviente de su tiempo y del mío, pues sin esa demostración, yo he conocido muchos hogares que podría citar y el mío propio, emsombrecidos por una muerte temprana para el resto de la vida y he visto más de un padre que ha sucumbido a la pena de un hijo, después de largos sufrimientos, pues la pena quitaba el gusto para todo y a otros que sin llegar a morirse dieron cambios radicales a sus vidas y a sus hogares por esa causa.

No era corriente que se retrataran, pero el luto permanente se guardaba con rigor, no por convencionalismos sino por el disgusto y la amargura de vivir después de la desgracia.

La guerra hizo quebrar todos los resortes morales y ya veremos donde se llega, pero entre ellos tal vez el más destacado sea el del respeto a la muerte. Durante ella y después se ha visto con asombro que matrimoniaran las personas con las que ocasionaron su desgracia o se complacieron en la diaria mortificación.

Aún reconocida la perfidia femenina, nadie hubiera creído eso antes, como la censura social, tribunal supremo de las costumbres, no hubiera permitido que al disolverse un duelo se fuesen simplemente a pasear ningún miembro de la familia, como si el entierro efectuado no le afectara ni poco ni mucho. La sociedad con su crítica, lo hubiera impedido, como impide o favorece otras muchas cosas que suceden.

Este indiferentismo irá en aumento por ahora con la disolución de la familia y la relajación de las costumbres. Después veremos si no sufrimos la reacción contraria como ocurre en todos los vendavales y ha sido patente en la guerra, después de la guerra y en la ultraguerra.



EL LIBRO 50

Está en la puerta porque con este van 46 y como hay tres apéndices, quiere decirse que podría serlo y lo es de hecho, el próximo, pero como no tenemos necesidad de forzar la prensa, seguiremos a nuestro paso, con el orden numérico natural y que les de tiempo a los amigos a digerir la propuesta siguiente:

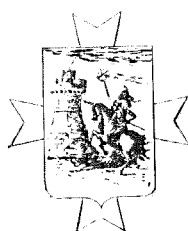
Podríamos celebrar la aparición del libro 50 con una comida en una bodega, pero, ¿dónde están las bodegas en que se comía?. Y aunque quedara alguna ¿quiénes podrían ir hasta allí y comerse aquellas fritangas hechas por nosotros?.

Será mejor que cada uno coma lo que pueda y a su comodidad y tener un contacto espiritual en honor del pueblo, haciendo entre todos ese libro pletórico de ilusiones e inciativas para el futuro, señalando claramente y con natural confianza lo que cada uno eche de menos en la obra realizada para enmendarla en lo venidero.

Si hay alguien que quiere dirigirlo, yo le cedo con mucho gusto el mando y me reservo lo que siempre queda por desollar, como hacía Juan Andrés, el padre de Juanacha.

Los que deseen colaborar y someter a examen la obra amontonada mandarán como recuerdo una fotografía pequeña que encabezará su trabajo como se hizo en el libro 20, que pasarán a la historia como una modesta prueba de las inquietudes de nuestro tiempo, pese a las zozobras, las irregularidades y las arbitrariedades que nos ha tocado soportar.

Lo que dependa de mí, estoy dispuesto a facilitarlo en todo momento y solo deseo poder servir a quienes se propongan desarrollar algún trabajo que quede en beneficio de la vida alcazareña del futuro o abrir camino para llegar a su conocimiento y cimentación del edificio que debe levantarse. Los amigos a quienes por considerarlos entusiastas se mandan los libros, pueden exponer sus opiniones tal como las sientan, sin miramientos que cohiban, con la confianza y la sencillez de estar todos en nuestra propia casa y con los mismos deseos de enjalbregarla y recorrerla para conservarla, pero sin divagaciones, concretando las cosas en honor de la brevedad.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1980